

Chiquita

ALFONSINA STORNI

ANTOLOGÍA POÉTICA



ESPASA-CALPE ARGENTINA, S. A.
BUENOS AIRES - MÉXICO

*Queda hecho el depósito que previene la ley No. 11.723.
Copyright by Cía. Editora Espasa-Calpe Argentina, S. A.
Buenos Aires, 1938.*

A
SALVADORA MEDINA ONRUBIA
Y FELISA RAMOS MOZZI

QUE ESTUVIERON A LA CABECERA DE MI LECHO
EN HORAS AMARGAS.

Acabado de imprimir el 9 de Agosto de 1938
Imprenta López - Perú 666 - Buenos Aires

PALABRAS PROLOGALES

Invitada gentilmente por la editorial Espasa-Calpe Argentina, me decido aunque a regañadientes, a publicar esta antología, la única que hasta hoy se ha hecho de mis poesías seleccionada por mí, pues la que hace algunos años imprimió en Barcelona otra casa fué una pequeña muestra, separada allá, de mis primeros libros.

La inteligencia de que cuando un escritor no pueda celar su obra se la desnudarán extraños, sin atender a sus pudores, ha soplado mis reparos autocríticos, que son muchos.

Treinta años es, entre nosotros, el plazo concedido a un muerto para que se estremezca, desde sus neveras, por la coma de más o el punto de menos de la edición póstuma X. de sus obras y destacar sus ramas legales a reparar la falta de sentido del soneto Z.

Pasado este plazo, al ciclón público pertenece su sembrado y ya es mucho que podamos agradecer a éste que su buen ojo plomal se digne enderezar hacia nuestros solares y alzarnos con insectos, polillas y yerbajos.

Porque el verdadero antologista es el tiempo, mayoral que filtrará, si debe; o descargará sus aluviones de tierra, bienvenidos.

El valor de los creadores, por lo demás, no se mide por sus caídas, sino por el alcance, a lo alto, de sus catapultas y por lo insustituible de algunos de sus acentos, captaciones o alzamientos.

Y los temperamentos son diversos: los hay que no han dado al público más de lo que debieron: son los menos y su actitud es muy urbana. Pero los hay mal educados,



a lo Lope, que han puesto a trabajar a toda la familia literaria, a fin de que ésta les desnude sus crestas, de clima sólo respirable para ceñidas minorías, sin que tal circunstancia haya disminuido sus valores trascendentales.

Dejando a unos y otros en sus empinadas cátedras no está demás que declare aquí que tengo alguna preferencia por el sector de mi obra que se inicia con OCRE y, a contrapelo de la opinión de la mayoría — lo sé —, marcada por el temperamento que se advierte en las poesías incluídas en las páginas finales de esta selección, en parte inéditas, en parte pertenecientes a mi último libro. (Por mucho que reniegue de mi primer modo, sobrecargado de mieles románticas, debe reconocer, sin embargo, que traía aparejada la posición crítica, hecho universalmente difundido, de una mujer del Siglo XX, frente a las tenazas todavía dulces, y a la vez enfriadas, del patriarcado).

Pero retroceder a aquél, cuando ya la pluma lo ha desgastado, equivaldría a vivir plagiándose a sí mismo por la dominante razón de que un acento tocó directamente a la mayoría. Para quienes lo estimen en circulación está, que lo peor que le puede acontecer a un poeta es tener, forzosamente, que imitarse.

El panorama total de una obra es, por otra parte, cosa buena para el atalayado, aunque sus colinas sean desparejas, o documentales, más que esplendores de tal o cual geografía, ya que desde el horizonte se ven llegar los iniciales cauces que mueren en la llanura o, tras correr subterráneamente, reaparecen ensanchados en laguna. En este sentido una ordenación antológica es para el rastreador crítico un ahorrante y lindo “belvedere”.

Con mis cortesías, y muy finas, para el Mayoral, abro pues la ducha helada y me aguanto.

A. S.

P O E S Í A S
NO INCLUIDAS EN LIBRO
(1916-1921)

LA DULCE VISIÓN

¿Dónde estará lo que persigo ciega?
— Jardines encantados, mundos de oro —
Todo lo que me cerca es incoloro.
Hay otra vida. ¿Allí cómo se llega?

Un perfume divino el alma anega:
Olor de estrellas, un rosado coro
De Dianas fugitivas; el esporo
Viviente aún de la delicia griega.

¿Dónde estará ese mundo que persigo?
El sueño voluptuoso va conmigo
Y me ciñen las rosas de su brazo.

Y mientras danzo sobre césped fino
Fuera del alma acecha mi destino
Y la Gran Cazadora mueve el lazo.

SUTIL ENTOLDADO

Lágrimas de él las que mis ojos vieron:
No crea el aire que voló con ellas,
Ni arriba que las guardan las estrellas,
Ni el tiempo que en su filtro se perdieron.

Sin que lo comprendiera, suavemente,
Se trasvasaron a mi vida; ahora,
Vuelto mi pecho fuente de su fuente,
En lluvia fina su dolor me llora.

Si de esas blancas gotas vapor sube
A cegarme los ojos como nube
Que entolda a veces el celeste cielo

¿He de quejarme porque ya no vea?
Ceguera dulce que su amor me crea:
Me esconda el mundo tan divino velo.

CONVERSACIÓN

Dios te perdone al fin tanta tortura;
Bien que a tu mano la movió el despecho
Y daga fina hundíste en el pecho
Que no te sea la existencia dura.

Que una vez más conozca la amargura
Importa poco; el corazón deshecho.
Aprende más con tu impiedad. Bien hecho;
Gracias amigo que esto me depura.

Iba teniendo una sospecha vaga
De que la llama del placer se apaga
Poquito a poco en el camino humano.

Temblaba acaso por su leve abrigo,
Pero inquietud me ahorrás, buen amigo,
Que de un golpe la ciegas con tu mano.

AVISOS FÚNEBRES

Al lado de pequeñas cruces negras
— Anclas echadas en finales puertos —
Yacen los nombres de los muertos
Del día, horizontales
Como muertos reales.
Enorme ahora, sobre el papel frío,
Junto a las cruces bailotea el mío.

SIESTA

Ando por las selvas verdes, rumorosas,
Descalzas las plantas, los brazos desnudos.
Mis dedos pequeños son sobre felpudos
Colchones de musgo, botones de rosas.

El sol a mis pasos se alegra y aviva,
Serpientes lacustres refrescan la tierra
Y por sus verdores me hundo como esquivo
Ninfa a quien la sombra de un sátiro aterra.

LA INÚTIL PRIMAVERA

Veintiocho veces van que yo la veo
Trabajando capullos del rosal:
Llegó cumpliendo ardiente mi deseo,
Cuando la tuve todo ha sido igual.

Preparé un himno y se murió en gorgoeo,
Me eché a ser río y terminé canal.

—En otra primavera... Devaneo.
Ya está de nuevo y sigo con mi mal.

Veintiocho veces van. De diez ya guardo
Memoria triste de aquel paso tardo
Con que los días del invierno van

Hollando el alma para hacerle casa.
Veintiocho veces van que inútil pasa.
¿Cuántas por verla aún me faltarán?

T R E N

Marcha el tren: apoyada
En una ventanilla,
Sueño.

Nada:
Rieles, plantas, gramilla,
El paisaje risueño,
No mueven mi mirada.

Traza el tren una curva
Y asomo la cabeza:
Allá lejos me turba,
Tiznando mi tristeza,
La visión esfumada
De la ciudad dejada.

Dejo mi amor... El tren
Se mueve lentamente.
Gritan mi nombre. ¿Quién?
Abandono la frente
Sobre mi brazo y digo:
—¡Avanza ferozmente
Tren y acaba conmigo!

DE EL DULCE DAÑO

(1918)



S Á B A D O

Levanté temprano y anduve descalza
Por los corredores; bajé a los jardines
Y besé las plantas;
Absorbí los vahos limpios de la tierra,
Tirada en la grama;
Me bañé en la fuente que verdes achiras
Circundan. Más tarde, mojados de agua
Peiné mis cabellos. Perfumé las manos
Con zumo oloroso de diamelas. Garzas
Quisquillosas, finas,
De mi falda hurtaron doradas migajas.

Luego puse traje de clarín más leve
Que la misma gasa.
De un salto ligero llevé hasta el vestíbulo
Mi sillón de paja.
Fijos en la verja mis ojos quedaron,
Fijos en la verja.
El reloj me dijo: diez de la mañana.
Adentro un sonido de loza y cristales;
Comedor en sombras; manos que aprestaban
Manteles.

Afuera, sol como no he visto
Sobre el mármol blanco de la escalinata.
Fijos en la verja siguieron mis ojos.
Fijos. Te esperaba.



PRIMAVERA

¿Y vendrás tú? Por mis jardines vuelan
Ya las primeras mariposas
Sobre las rosas.

Velan

De noche los cocuyos
Entre los yuyos.
Sonríen las estrellas
Pálidamente bellas.

¿Y vendrás tú? Se cubren
Alegres, mis floreros
De madre selvas.
Anda por los largos canteros
La risa azul del nomeolvides
Y se cargan las vides.

Selvas

Tengo en el corazón;
Arboles gruesos
Prietos de ramas;
Brotos, retamas,
Flores de malvón,
Pájaros en las ramas,
Todo eso tengo en el corazón.

¿Y vendrás tú?

Mis manos

Fabricaron panales.
Yendo de rosa en rosa cogí miel;
Hice linos; no recuerdo de males.

El lecho mío es blanco
Y es primavera. Huele
Bien el alto barranco
Mojado por la ría.

Desde el mar que diviso.

¿Vendrá tu vela?

Vuela,

Primavera es gacela

Fugitiva

y furtiva,

Vuela!

DIME

Dime al oído la palabra dulce;
Camoatí zumbador,
Las letras que se asomen a tus labios
Han de oler a malvón,
Y empacarán insectos en el rojo
Panal del corazón.
Dime al oído la palabra tenue,
Gasa, bruma, vapor...
Fineza de sus signos como leves
Alas de mariposa en la tensión
Del vuelo recto; peligrosa tela
Urdida en los telares del amor.
Ay, que en los finos hilos de la malla
Puede morir sin aire el corazón.

Dime al oído de palabras todas
La palabra mejor.

Si puedes, que se escurra de los labios
 Modulada sin voz.
 Música, de tu boca a mis oídos
 Todas tus palabras son.
 Música que adormece bajo el fino,
 Rubio vellón,
 De los cabellos de la primavera;
 Gracia y olor.

CAPRICH O

Escrúrame los ojos, sorpréndeme la boca,
 Sujeta entre tus manos esta cabeza loca;
 Dame a beber veneno, el malvado veneno
 Que te moja los labios a pesar de ser bueno.

Pero no me preguntes, no me preguntes nada
 De por qué lloré tanto en la noche pasada;
 Las mujeres lloramos sin saber, porque sí:
 Es esto de los llantos pasaje baladí.

Bien se ve que tenemos adentro un mar oculto,
 Un mar un poco torpe, ligeramente estulto,
 Que se asoma a los ojos con bastante frecuencia
 Y hasta lo manejamos con una dúctil ciencia...
 No preguntes, amado, lo debes sospechar;
 En la noche pasada no estaba quieto el mar,
 Nada más. Tempestades que las trae y las lleva
 Un viento que nos marca cada vez costa nueva.
 Sí, vanas mariposas sobre jardín de Enero,
 Nuestro interior es todo sin equilibrio y huero.
 Luz de cristalería; fruto de carnaval

Decorado en escamas de serpientes del mal.
 Así somos, ¿no es cierto? Ya lo dijo el poeta:
 Movilidad absurda de inconsciente coqueta...
 Deseamos y gustamos la miel de cada copa
 y el cerebro tenemos de pajillas y estopa.
 Bien; no, no me preguntes. Torpeza de mujer,
 Capricho, amado mío, capricho debe ser.
 Oh, déjame que ría... ¿No ves qué tarde hermosa?
 Espínate las manos y córtame esa rosa.

E L L L A M A D O

Es noche, tal silencio
 Que si Dios parpadeara
 Lo oyera. Yo paseo.
 En la selva, mis plantas
 Pisan la hierba fresca
 Que salpica rocío.
 Las estrellas me hablan
 Y me beso los dedos,
 Finos de luna blanca.

De pronto soy herida...
 Y el corazón se para,
 Se enroscan mis cabellos,
 Mis espaldas se agrandan;
 Oh, mis dedos florecen,
 Mis miembros echan alas,
 Voy a morir ahogada
 Por luces y fragancias...

Es que en medio a la selva
 Tu voz dulce me llama...

T Ú Y Y O

Mi casa está llena de mirtos,
La tuya está llena de rosas;
¿Has visto a mis blancas ventanas
Llegar tus palomas?

Tu casa está llena de lirios,
La mía sonrío amapolas.
¿Has visto rodando en mis patios
Ramas de tus frondas?

De mármoles blancos y negros
Tu casa vetusta se adorna,
Y mármoles blancos y negros
Llevan a mi alcoba.

Si luces enciende tu casa
Mi casa de luz se corona.
¿No sientes llegar de la mía
Sonidos de loza?

De día, de tarde, de noche
Te sigo por selvas y frondas.
¿No hueles que exhalan mis labios
Profundos aromas?

De día, de tarde, de noche
Te sigo por selvas y frondas.
¿No sientes que atrás de tus pasos
Se quiebran las hojas?

¿No has visto regadas tus plantas,
De frutas cargadas las moras,

Abiertas las sendas, las ramas
Henchidas de pomas?

Cuidando tu casa en silencio
Me encuentra despierta la aurora,
Cuidando en silencio tus plantas,
Podando tus rosas.

Tu casa proyecta en mi casa
De tarde, alargada, su sombra,
Y nunca miraste sus muros
Cargados de rosas.

Igual a tus patios mis patios
Que surcan iguales palomas,
Y nunca has mirado mi casa,
Cortado mis rosas.

Igual a tus lirios mis lirios
Que iguales octubres enfloran...
Y nunca has mirado mi casa,
Cortado mis rosas...

D U L C E T O R T U R A

Polvo de oro en tus manos fué mi melancolía;
Sobre tus manos largas desparramé mi vida;
Mis dulzuras quedaron a tus manos prendidas;
Ahora soy un ánfora de perfume vacía.

Cuánta dulce tortura quietamente sufrida,
Cuando, picada el alma de tristeza sombría,
Sabedora de engaños, me pasaba los días
Besando las dos manos que me ajaban la vida!

TU DULZURA

Camino lentamente por la senda de acacias,
Me perfuman las manos sus pétalos de nieve,
Mis cabellos se inquietan bajo céfiro leve
Y el alma es como espuma de las aristocracias.

Genio bueno: este día conmigo te congratias;
Apenas un suspiro me torna eterna y breve...
¿Voy a volar acaso ya que el alma se mueve?
En mis pies cobran alas y danzan las tres Gracias.

Es que anoche, en mis manos, tus dos manos de espliego
Dieron tantas dulzuras a mi sangre que luego
Llenóseme la boca de mieles perfumadas.

Tan frescas que en la limpia madrugada de estío
Mucho temo volverme corriendo al caserío
Prendidas en los labios mariposas doradas.

SIETE VIDAS

Siete vidas tengo, tengo siete vidas,
Siete vidas de oro, bellas y floridas.
Cabeza cortada, cabeza repuesta:
Mi espíritu-árbol retoña en la siesta.

Dragón purpurado de garras floridas
Siete vidas tengo, tengo siete vidas,
Gigantes y enanos: cortad mis cabezas,
Crecerán porfiadas como las malezas.

Siete vidas tengo, tengo siete vidas,
Siete vidas de oro bellas y floridas
Que hierros fatigan y mellan espadas,
Mas serán un día por siempre taladas.

Secará las siete cabezas floridas
Príncipe que espero. Sin abracadabras
El dragón alado perderá las vidas
Bajo el tenue filo de dulces palabras.

VIAJE FINIDO

¿Qué hacen tus ojos largos de mirarme?
¿Qué hace tu lengua, de llamarme, larga?
¿Qué hacen tus manos largas de tenderse
Hasta mis llamas?

¿Qué hace tu sombra larga tras mi sombra?
¿Por qué rondas mi casa?
En el beso de ayer hice mi viaje.
Conozco tu alma.

¿Para qué más? He terminado el viaje.
Tus catacumbas inundadas de aguas
Muertas, oscuras, cenagosas, fueron
Con mis manos palpadas.

Tus manos no se acerquen a las mías,
Apártame tus ojos, tus palabras...
Los mohos de tus zócalos secaron
Raíces de mis plantas.

Odio tus ojos largos.
Odio tus manos largas.
Odio tus catacumbas
Llenas de agua.

TÚ ME QUIERES BLANCA

Tú me quieres alba,
Me quieres de espumas,
Me quieres de nácar.
Que sea azucena
Sobre todas, casta.
De perfume tenue.
Corola cerrada.

Ni un rayo de luna
Filtrado me haya,
Ni una margarita
Se diga mi hermana;
Tú me quieres blanca,
Tú me quieres nívea,
Tú me quieres casta.

Tú, que hubiste todas
Las copas a mano,
De frutos y mieles
Los labios morados.
Tú, que en el banquete
Cubierto de pámpanos
Dejaste las carnes
Festejando a Baco.
Tú, que en los jardines

Negros del Engaño
Vestido de rojo
Corriste al Estrago.

Tú, que el esqueleto
Conservas intacto
No sé todavía
Por cuáles milagros,
Me pretendes blanca
(Dios te lo perdone)
Me pretendes casta
(Dios te lo perdone)
Me pretendes alba.

Huye hacia los bosques;
Vete a la montaña;
Límpiate la boca;
Vive en las cabañas;
Toca con las manos
La tierra mojada;
Alimenta el cuerpo
Con raíz amarga;
Bebe de las rocas;
Duerme sobre escarcha;
Renueva tejidos
Con salitre y agua;
Habla con los pájaros
Y lévate al alba.
Y cuando las carnes
Te sean tornadas,
Y cuando hayas puesto
En ellas el alma
Que por las alcobas

Se quedó enredada,
Entonces, buen hombre,
Preténdeme blanca,
Preténdeme nívea,
Preténdeme casta.

EL ORO DE LA VIDA

De la corola negra de mi vida
Suelo brotar, estambrecillo en oro.
Fecundo frutos, cierro el cáliz de oro:
Ríe mi vida.

Vuelvo a ser negra. Pero en nueva vida
Brotó de nuevo estambrecillo de oro.
Ríe mi vida
Cuando la tocan mariposas de oro.

Negrura, luego el oro
Precioso de la vida.

TENTACIÓN

Afuera llueve; cae pesadamente el agua
Que las gentes esquivan bajo abierto paragua.
Al verlos enfilados se acaba mi sosiego,
Me pesan las paredes y me seduce el riego
Sobre la espalda libre. Mi antecesor, el hombre
Que habitaba cavernas desprovisto de nombre,

Se ha venido esta noche a tentarme sin duda,
Porque, casta y desnuda,
Me iría por los campos bajo la lluvia fina,
La cabellera alada como una golondrina.

¿QUÉ DIRÍA?

Decidme, amigos míos: la gente qué diría
Si en un día fortuito, por ultrafantasía,
Me tiñera el cabello de plateado y violeta,
Usara peplo griego, cambiara la peineta
Por cintillo de flores, miosotis o jazmines,
Cantara por las calles al compás de violines,
O dijera mis versos recorriendo las plazas
Libertado mi gusto de comunes mordazas?

¿Irían a mirarme cubriendo las aceras?
¿Me quemarían como quemaron hechiceras?
¿Campanas tocarían para llamar a misa?

En verdad que pensarlo me da un poco de risa.

CUADRADOS Y ÁNGULOS

Casas enfiladas, casas enfiladas,
Casas enfiladas.
Cuadrados, cuadrados, cuadrados,
Casas enfiladas.
Las gentes ya tienen el alma cuadrada,
Ideas en fila
Y ángulo en la espalda.
Yo mismo he vertido ayer una lágrima,
Dios mío, cuadrada.

A S P E C T O

Vivo dentro de cuatro paredes matemáticas
Alineadas a metro. Me rodean apáticas
Almillas que no saben ni un ápice siquiera
De esta fiebre azulada que nutre mi quimera.

Gasto una piel postiza que la listo de gris.
(Cuervo que bajo el ala guarda una flor de lis
Me causa cierta risa mi pico fiero y torvo
Que yo misma me creo para farsa y estorbo.)

DE

I R R E M E D I A B L E M E N T E

(1 9 1 9)

S I L E N C I O

Un día estaré muerta, blanca como la nieve,
Dulce como los sueños en la tarde que llueve.

Un día estaré muerta, fría como la piedra,
Quieta como el olvido, triste como la hiedra.

Un día habré logrado el sueño vespertino,
El sueño bien amado donde acaba el camino.

Un día habré dormido con un sueño tan largo
Que ni tus besos puedan avivar el letargo.

Un día estaré sola, como está la montaña
Entre el lago desierto y la mar que la baña.

Será una tarde llena de dulzuras celestes,
Con pájaros que callan, con tréboles agrestes.

La primavera, rosa, como un labio de infante,
Entrará por las puertas con su aliento fragante.

La primavera rosa me pondrá en las mejillas
—¡La primavera rosa!— dos rosas amarillas...

La primavera dulce que me enseñara a amarte,
La primavera misma que me ayudó a logarte.

¡Oh, la tarde postrera que imagino ya muerta
Como ciudad en ruinas, milenaria y desierta!

¡Oh, la tarde como esos silencios de laguna
Amarillos y quietos bajo el rayo de luna!

¡Oh, la tarde embriagada de armonía perfecta:
Cuán amarga es la vida! ¡Y la muerte qué recta!

La muerte justiciera que nos lleva al olvido
Como al pájaro errante lo acogen en el nido...

Y caerá en mis pupilas una luz bienhechora,
La luz azul celeste de la última hora.

Una luz tamizada que bajando del cielo
Me pondrá en las pupilas la dulzura de un velo.

Una luz tamizada que ha de cubrirme toda
Con su velo impalpable como un velo de boda.

Una luz que en el alma musitará despacio:
La vida es una cueva, la muerte es el espacio.

Y que ha de deshacerme en calma lenta y suma
Como en la playa de oro se deshace la espuma.

Oh, silencio, silencio... esta tarde es la tarde
En que la sangre mía ya no corre ni arde.

Oh, silencio, silencio... que en torno de mi cama
Tu boca bien amada dulcemente me llama.

Oh, silencio, silencio, que tus besos sin ecos
Se pierden en mi alma temblorosos y secos.

Oh, silencio, silencio, que la tarde se alarga
Y pone sus tristezas en tu lágrima amarga.

Oh, silencio, silencio que se callan las aves,
Se adormecen las flores, se detienen las naves.

Oh, silencio, silencio que una estrella ha caído
Dulcemente a la tierra, dulcemente y sin ruido.

Oh, silencio, silencio que la noche se allega
Y en mi lecho se escondé, susurra, gime y ruega.

Oh, silencio, silencio... que el Silencio me toca
Y me apaga los ojos, y me apaga la boca.

Oh, silencio, silencio... que la calma destilan
Mis manos cuyos dedos lentamente se afilan...

S O Y E S A F L O R

Tu vida es un gran río, va caudalosamente.
A su orilla, invisible, yo broto dulcemente.
Soy esa flor perdida entre juncos y achiras
Que piadoso alimentas, pero acaso ni miras.

Cuando creces me arrastras y me muero en tu seno,
Cuando secas me muero poco a poco en el cieno;
Pero de nuevo vuelvo a brotar dulcemente
Cuando en los días bellos vas caudalosamente.

Soy esa flor perdida que brota en tus riberas
Humilde y silenciosa todas las primaveras.

PESO ANCESTRAL

Tú me dijiste: no lloró mi padre;
Tú me dijiste: no lloró mi abuelo;
No han llorado los hombres de mi raza,
Eran de acero.

Así diciendo te brotó una lágrima
Y me cayó en la boca... más veneno.
Yo no he bebido nunca en otro vaso
Así pequeño.

Débil mujer, pobre mujer que entiende,
dolor de siglos conocí al beberlo:
Oh, el alma mía soportar no puede
Todo su peso.

DATE A VOLAR

Anda, date a volar, hazte una abeja;
En el jardín florecen amapolas,
Y el néctar fino colma las corolas;
Mañana el alma tuya estará vieja.

Anda, suelta a volar, hazte paloma;
Recorre el bosque y picotea granos;
Come migajas de distintas manos;
Del árbol baja la escondida poma.

Anda, date a volar, sé golondrina;
Busca la playa de los soles de oro;
Gusta la primavera y su tesoro;
La primavera es única y divina.

Mueres de sed: no he de oprimirte tanto...
Anda, camina por el mundo, sabe;
Dispuesta sobre el mar está tu nave:
Date a bogar hacia el mejor encanto.

Corre, camina más, es poco aquello...
Aun quedan cosas que tu mano anhela,
Asciende, ronda, gira, sube y vuela:
Gústalo todo porque todo es bello.

Echa a volar... mi amor no te detiene;
¿Cómo te entiendo, bien, cómo te entiendo!...
Llore mi vida... el corazón se apene...
Date a volar, amor, yo te comprendo.

Callada el alma... el corazón partido,
Suelto tus alas... Vé... Pero te espero.
¿Cómo traerás el corazón, viajero?
Tendré piedad de un corazón vencido.

Para que tanta sed bebiendo cures
Hay numerosas sendas para ti;
Pero se hace la noche; no te apures:
Todas traen a mí.

SUBCONCIENCIA

Has hablado, has hablado y me he dormido.
Pero duermo y no duermo, porque siento
Que estoy bajo el supremo pensamiento:
Vivo, viviré siempre y he vivido.

Has hablado, has hablado y he caído
En un marasmo... cede hasta el aliento.
Tiempo atrás, en las sombras me he perdido;
Estoy ciega y no tengo sentimiento.

Como el espacio soy, como el vacío,
Es una sombra todo el cuerpo mío
Y puedo como el humo levantarme:

Oigo soplos etéreos, sobrehumanos;
Sujétame a la tierra con tus manos,
que si el viento se mueve ha de llevarme.

EL HOMBRE SOMBRÍO

Altivo ese que pasa, miradlo al hombre mío.
En sus manos se advierten orígenes preclaros,
No le miréis la boca porque podéis quemaros,
No le miréis los ojos, pues moriréis de frío.

Cuando va por los llanos tiembla el cauce del río,
Las sombras de los bosques se convierten en claros,
Y al cruzarlos, soberbio, jugueteando a disparos,
Las fieras se acurrucan bajo su aire sombrío.

Ama a muchas mujeres, no domina su suerte,
En una primavera lo alcanzará la muerte
Coronado de pámpanos, entre vinos y fruta.

Mas mi mano de amiga, que destrona sus galas,
Donde tenía aceros le mueve un brote de alas,
Y llora como el niño que ha extraviado la ruta.

M O D E R N A

Yo danzaré en alfombra de verdura;
Ten pronto el vino en el cristal sonoro,
Nos beberemos el licor de oro
Celebrando la noche y su frescura.

Yo danzaré como la tierra pura,
Como la tierra yo seré un tesoro,
Y en darme pura no hallaré desdoro,
Que darse es una forma de la Altura.

Yo danzaré para que todo olvides
Y habré de darte la embriaguez que pides
Hasta que Venus pase por los cielos.

Mas algo acaso te será escondido,
Que pagana de un siglo empobrecido
No dejaré caer todos los velos.

HOMBRE PEQUEÑITO

Hombre pequeño, hombre pequeño,
Suelta a tu canario que quiere volar...
Yo soy el canario, hombre pequeño,
Déjame saltar.

Estuve en tu jaula, hombre pequeño,
Hombre pequeño que jaula me das.
Digo pequeño porque no me entiendes,
Ni me entenderás.

Tampoco te entiendo, pero mientras tanto
Abreme la jaula que quiero escapar;
Hombre pequeñito, te amé un cuarto de ala;
No me pidas más.

EL DIVINO AMOR

Te ando buscando, amor que nunca llegas,
Te ando buscando, amor que te mezquinas,
Me aguzo por saber si me adivinas,
Me doblo por saber si te me entregas.

Las tempestades mías, andariegas,
Se han aquietado sobre un haz de espinas;
Sangran mis carnes gotas purpurinas
Porque a salvarme, oh niño, te me niegas.

Mira que estoy de pie sobre los leños,
Que a veces bastan unos pocos sueños
Para encender la llama que me pierde.

Sálvame, amor, y con tus manos puras
Trueca este fuego en límpidas dulzuras
Y haz de mis leños una rama verde.

M U J E R

Tú pasarás por mí, como sobre una fuente,
En un vuelo soberbio de pájaro de presa;
Te beberás el agua de la vida que mana
Y te irás por los cielos a buscar primaveras.

Se quedará la fuente manando siempre el agua,
Rebosará la linfa donde bebieras, ave,
Y en las tardes de oro, cuando queme la tierra,
Soñará con tus alas de brillante plumaje.

Puede ser que algún día, nuevamente de paso,
Vuelvas por un momento a posar en la fuente,
Y el agua que la llena, inexperta nacida,
Te dirá como entonces: —Ave de presa, bebe...

¿ Y T Ú ? . . .

Sí, yo me muevo, vivo, me equivoco;
Agua que corre y se entremezcla, siento
El vértigo feroz del movimiento:
Huelo las selvas, tierra nueva toco.

Sí, yo me muevo; voy buscando acaso
Soles, aurora, tempestad y olvido.
¿Qué haces allí misérrimo y pulido?
Eres la piedra a cuyo lado paso.

O D I O . . .

Oh, primavera de las amapolas,
Tú que floreces para bien mi casa,
Luego que enjeyes las corolas
Pasa.

Beso, la forma más voraz del fuego,
Clava sin miedo tu endiablada espuela,

Quema mi alma, pero, luego,
Vuela.

Risa de oro que movable y loca
Sueñas el alma, de las sombras, presa,
En cuanto asomes a la boca
Cesa.

Lástima blanda del error amante
Que a cada paso el corazón diluye
Vuelca tus mieles y al instante
Huye.

Odio tremendo, como nada fosco,
Odio que truecas en puñal la seda,
Odio que apenas te conozco,
Queda.

PIEDRA MISERABLE

Oh piedra dura, miserable piedra,
Yo te golpeo, te golpeo en vano,
Y es inútil la fuerza de mi mano,
Oh piedra dura miserable piedra.

Pero haces bien, oh miserable piedra,
Deja que siente un golpe sobrehumano,
Deja golpear, deja golpear mi mano,
Oh piedra dura, miserable piedra.

No me des nada, miserable piedra,
Guarda un silencio altivo y soberano,

No te ablandes jamás entre mi mano,
Oh piedra dura, miserable piedra.

Con tu impiedad, oh miserable piedra.
Recobro alientos y el deseo gana,
No te dejes caer sobre mi mano,
Mezquina, estulta, miserable piedra.

Si un día torpe, miserable piedra,
Te venciera la fuerza del verano
Y cayeras a gotas en mi mano
Yo te odiaría, miserable piedra...

EL RACIMO INOCENTE

Así, como jugando, te acerqué el corazón
Hace ya mucho tiempo, en una primavera;
Pero tú, indiferente, pasaste por mi vera;
Hace ya mucho tiempo.

Sabio de toda cosa, no sabías acaso
Ese juego de niña que cubría discreto
Con risas inocentes el tremendo secreto,
Sabio de toda cosa...

Hoy, de vuelta a mi lado, ya mujer, tú me pides
El corazón aquel que en silencio fué tuyo
Y con torpes palabras negativas arguyo
Hoy, de vuelta a mi lado.

Ay, cuando te ofrecí el corazón en aquella
Primavera, era un dulce racimo no tocado
El corazón... Ya otros los granos han probado
Del racimo inocente...

P U D I E R A S E R

Pudiera ser que todo lo que en verso he sentido
No fuera más que aquello que nunca pudo ser,
No fuera más que algo vedado y reprimido
De familia en familia, de mujer en mujer.

Dicen que en los solares de mi gente, medido
Estaba todo aquello que se debía hacer...
Dicen que silenciosas las mujeres han sido
De mi casa materna... Ah, bien pudiera ser...

A veces en mi madre apuntaron antojos
De liberarse, pero, se le subió a los ojos
Una honda amargura y en la sombra lloró.

Y todo esto mordiente, vencido, mutilado,
Todo esto que se hallaba en su alma encerrado,
Pienso que sin quererlo lo he libertado yo.

DE

L A N G U I D E Z

(1 9 2 0)

LA PIEDAD DEL CIPRÉS

Viajero: este ciprés que se levanta
A un metro de tus pies y en cuya copa
Un pajarillo sus amores canta,
Tiene alma fina bajo dura ropa.

El se eleva tan alto desde el suelo
Por darte una visión inmaculada,
Pues si busca su extremo tu mirada
Te tropiezas, humano, con el cielo.

EL LEÓN

Entre barrotes negros, la dorada melena
Paseas lentamente y te tiendes por fin
Descansando los tristes ojos sobre la arena
Que brilla en los angostos senderos del jardín.

Bajo el sol de la tarde te has quedado sereno
Y ante tus ojos pasa, fresca y primaveral,
La niña de quince años con su esponjado seno:
¿Sueñas echarle garras, oh goloso animal?

Miro tus grandes uñas, inútiles y corvas;
Se abren tus fauces; veo el inútil molar,
E inútiles como ellos van tus miradas torvas
A morir en el hombre que te viene a mirar.



El hombre que te mira tiene las manos finas,
Tiene los ojos fijos y claros como tú.
Se sonríe al mirarte. Tiene las manos finas
León, los ojos tiene como los tienes tú.

Un día, suavemente, con sus corteses modos
Hizo el hombre la jaula para encerrarte allí,
Y ahora te contempla, apoyado de codos,
Sobre el hierro prudente que lo aparta de ti.

No cede. Bien lo sabes. Diez veces en el día
Tu cuerpo contra el hierro carcelario se fué:
Diez veces contra el hierro fué inútil tu porfía.
Tus ojos, muy lejanos, hoy dicen: para qué.

No obstante, cuando corta el silencio nocturno
El rugido salvaje de algún otro león,
Te crees en la selva, y el ojo, taciturno,
Se te vuelve en la sombra encendido carbón.

Entonces como otrora, se te afinan las uñas,
Y la garganta seca de una salvaje sed,
La piedra de tu celda vanamente rasguñas
Y tu zarpazo inútil retumba en la pared.

Los hijos que te nazcan, bestia caída y triste,
De la leona esclava que por hembra te dan,
Sufrirán en tu carne lo mismo que sufriste,
Pero garras y dientes más débiles tendrán.

Alguna vez te he visto durmiendo tu tristeza,
La melena dorada sobre la piedra gris,
Abandonado el cuerpo con la enorme pereza
Que las siestas de fuego tienen en tu país.

Y sobre tu salvaje melena enmarañada
Mi cuello delicado sintió la tentación
De abandonarse al tuyo, yo como tú, cansada,
De otra jaula más vasta que la tuya, león.

Como tú contra aquella mil veces he saltado.
Mil veces, impotente, me he vuelto a acurrucar.
¡Cárcel de los sentidos que las cosas me han dado!
Ah, yo del universo no me puedo escapar.

L A S T R E S E T A P A S

En la dorada tarde rumorosa
Que languidece en placidez de estío,
Estoy mirando este camino rosa
Como en el dulce verso de Darío.

Y así como en el verso del poeta,
Allá, donde el camino rosa arranca,
Veo avanzar una columna blanca
Envuelta en un vapor azul-violeta.

Parece solamente alguna nube
Bordada en fino polvo de zafiros,
Inmaterial columna de suspiros
Que de la tierra a las estrellas sube.

La dulce forma humana se deslíe
En el tul blanco, inmaterial, sedño,
Y tan lejana y pura me sonríe
Y me digo: —Esto es el sueño.

Al poco rato la columna pasa
Tan cerca que, sin ilusión alguna,
Puedo mirar las formas una a una
Bajo la trama débil de la gasa.

La nube se ha disuelto; ante mis ojos
Se rinden ya las formas imperfectas:
Blancos creí los pies, pero son rojos.
Gráciles formas vi, pero son rectas.

El tul se ha vuelto tosca muselina,
Las guirnaldas perdieron su frescura,
Así tan cerca en una forma dura
Aquella forma que advertí divina.

Alma: ¿dónde está el oro aquel que viste?
Todo ha cambiado cuando estuvo enfrente;
Mis ojos tocan realidad tan triste
Que digo: —Es el presente.

Mas, ya de nuevo bajo el huso de oro
Del sol, que hilando está la luz del día,
Al alejarse, lentas, por la vía,
Las formas cobran su anterior decoro.

Es la misma ilusión; es ese mismo
Perderse de los cuerpos tras los tules
Y vuelven a brillar piedras azules
Y el oro vuelve a darme su espejismo.

Y cuando aquel sendero se termina,
Allá muy lejos, la columna blanca
Se ha convertido en esa nube fina
que ha poco vi donde el camino arranca.

Me embriago de dulzor como una abeja,
De nuevo en la visión blanca me pierdo
Y tan inmaterial allá se aleja
Que digo: —Es el recuerdo.

G O T A

El día que te acerques
Vendrán mujeres muchas,
Vendrán morenas bellas
Y vendrán dulces rubias

A disputarte; y ellas,
Harán, con donosura,
Tu elogio, por logarte,
Sin acertar ninguna.

Y yo no tendré miedo
De morenas ni rubias
Pues cerraré los ojos
Y te diré: —soy tuya.

L A C A S A

(SONATA ROMANTICA)

Circundada por selvas, bajo el cielo
Siempre azulado, nuestra casa era
Algo como el plumón y el terciopelo:
Un tibio corazón de primavera.

Se hablaba quedo en nuestra casa;
Cierto que cobijaba tantas, tantas aves
Que nos salían las palabras suaves
Como si las dijéramos a un muerto.

Pero nada era triste; la dulzura
Poníamos tan dócil armonía
Que hasta el suspiro tenue persistía
En sus patios sombreados de verdura.

El mármol blanco de los corredores
Parecía dormir un sueño largo.
Las fuentes compartían su letargo.
Soñaban las estatuas con amores.

Cedían los sillones blandamente
Como un pecho materno, y era fino
Muy fino el aire, así como divino,
Cuando filtraba el oro del poniente.

¡Cómo me acuerdo de la noche aquella
En que entré sostenida por tu brazo!
Moría casi bajo el doble abrazo
De tu mirada y de la noche bella.

¡Moría casi! Me llevaste tierno
Por largas escaleras silenciosas
Y ni tuve conciencia de las cosas:
Era un cuerpo de luna sin gobierno.

No sé cómo llegamos a una estancia.
La penumbra interior, los pasos quedos,
Tus besos que morían en mis dedos
Me tornaron el alma una fragancia.

Abriste una ventana: allá, lejano,
Plateaba el río y el silencio era
Dulce y enorme, y era primavera,
Y se movía el río sobre el llano.

Y mi alma también rodó en el río,
Se hundió con él en perfumadas frondas,
Siguiéndolo hasta el mar cayó en sus ondas,
Y suyo fué el divino poderío:

Se curvó blanda en el enorme vaso,
De allí se desprendió como un suspiro,
Viboreó por los buques y el retiro
De otras mujeres sorprendió de paso.

Subió hasta las ciudades de otro mundo;
Dormían todos, todo estaba blanco;
Luego vió cada mundo como un banco
De arena muerta en el azul profundo.

Y desde aquel azul que todo abisma
Miró en la tierra esta ventana abierta:
¿Quién era esa criatura medio muerta?
Y se bajó a mirar. Y era yo misma.

Cuando volvió del viaje, envejecida
De tanto haber vagado unos instantes,
La esperaban tus ojos suplicantes:
Se hundió por ellos y encontró la vida.

¿Recuerdas tú? La casa era un arrullo,
Un perfume infinito, un nido blando;
Nunca se dijo la palabra cuándo.
Se decía, muy quedo: mío y tuyo.

LA CARICIA PERDIDA

Se me va de los dedos la caricia sin causa,
Se me va de los dedos... En el viento, al rodar,
La caricia que vaga sin destino ni objeto,
La caricia perdida, ¿quién la recogerá?

Pude amar esta noche con piedad infinita,
Pude amar al primero que acertara a llegar.
Nadie llega. Están solos los floridos senderos.
La caricia perdida, rodará... rodará...

Si en el viento te llaman esta noche, viajero,
Si estremece las ramas un dulce suspirar,
Si te oprime los dedos una mano pequeña
Que te toma y te deja, que te logra y se va.

Si no ves esa mano, ni la boca que besa,
Si es el aire quien teje la ilusión de llamar,
Oh, viajero, que tienes como el cielo los ojos,
En el viento fundida ¿me reconocerás?

UNA ESPINA

Vagaba yo sin destino
Sin ver que duras retamas
Curioseaban con sus ramas
El entregado camino.

Brazo de mata esmeralda,
De largas puntas armado,
Clavó una espina en mi falda
Y me retuvo a su lado.

Así tus ojos un día
En que vagaba al acaso
Como una espina bravía
Me detuvieron el paso.

Diferencias: de la hincada
Espina pude librarme,
Mas de tu dura mirada
¿Cuándo podré libertarme?

LANGUIDEZ

Está naciendo Octubre
Con sus mañanas claras.

He dejado mi alcoba
Envuelta en telas claras,
Anudado el cabello
Al descuido; mis plantas
Libres, desnudas, juegan.

Me he tendido en la hamaca,
Muy cerca de la puerta,
Un poco amodorrada.
El sol que está subiendo
Ha encontrado mis plantas
Y las tiñe de oro...

Perezosa, mi alma
Ha sentido que, lento,
El sol subiendo estaba
Por mis pies y tobillos
Así como buscándola.



Yo sonrío: este bueno
De sol no ha de encontrarla,
Pues yo, que soy su dueña,
No sé por donde anda;
Cazadora, ella parte
Y trae, azul, la caza...

Un niño viene ahora,
La cabeza dorada...

Se ha sentado a mi lado
Cerrada la palabra;
Como yo el cielo mira,
Como yo, sin ver nada.
Me acaricia los dedos
De los pies con la blanca
Mano; por los tobillos
Las yemas delicadas
De sus dedos desliza...
Por fin, sobre mis plantas,
Ha puesto su mejilla
De flor recién regada.

Cae el sol dulcemente,
Oigo voces lejanas,
Está el cielo muy lejos...

Yo sigo amodorrada
Con la rubia cabeza
Muerta sobre mis plantas.

...Un pájaro... la arteria
Que por su cuello pasa...

UN DÍA...

Andas por esos mundos como yo; no me digas
Que no existes; existes, nos hemos de encontrar;
No nos conoceremos, disfrazados y torpes
Por los mismos caminos echaremos a andar.

No nos conoceremos, distantes uno de otro
Sentirás mis suspiros y te oiré suspirar.
¿Dónde estará la boca, la boca que suspira?
Diremos, el camino volviendo a desandar.

Quizás nos encontremos frente a frente algún día.
Quizás nuestros disfraces nos logremos quitar.
Y ahora me pregunto... ¿Cuándo ocurra, si ocurre,
Sabré yo de suspiros, sabrás tú suspirar?

CARTA LÍRICA A OTRA MUJER

Vuestro nombre no sé, ni vuestro rostro
Conozco yo, y os imagino blanca,
Débil como los brotes iniciales,
Pequeña, dulce... Ya ni sé... Divina.
En vuestros ojos placidez de lago
Que se abandona al sol y dulcemente
Le absorbe su oro mientras todo calla.
Y vuestras manos, finas, como es este
Dolor, el mío, que se alarga, alarga
Y luego se me muere y se concluye
Así, como lo véis, en algún verso.
Ah, ¿sois así? Decidme si en la boca
Tenéis un rumoroso colmenero,
Si las orejas vuestras son a modo

De pétalos de rosas ahuecados...
 Decidme si lloráis, humildemente,
 Mirando las estrellas tan lejanas
 Y si en las manos tibias se os aduermen
 Palomas blancas y canarios de oro.
 Porque todo eso y más vos sois, sin duda;
 Vos, que tenéis el hombre que adoraba
 Entre las manos dulces, vos la bella
 Que habéis matado, sin saberlo acaso,
 Toda esperanza en mí... vos, su criatura.
 Porque él es todo vuestro: cuerpo y alma
 Estáis gustando del amor secreto
 Que guardé silencioso... Dios lo sabe
 Por qué, que yo no alcanzo a penetrarlo.
 Os lo confieso que una vez estuvo
 Tan cerca de mi brazo, que, a extenderlo,
 Acaso mía aquella dicha vuestra
 Me fuera ahora... ¡sí! acaso mía...
 Mas ved, estaba el alma tan gastada
 Que el brazo mío no alcanzó a extenderse:
 La sed divina, contenida entonces,
 Me pulió el alma... ¡Y él ha sido vuestro!
 ¿Comprendéis bien? Ahora, en vuestros brazos
 El se adormece y le decís palabras
 Pequeñas y menudas que semejan
 Pétalos volanderos y muy blancos.
 Acaso un niño rubio vendrá luego
 A copiar en los ojos inocentes
 Los ojos vuestros y los de él unidos
 En un espejo azul y cristalino...
 ¡Oh, ceñidle la frente! ¡Era tan amplia!
 ¡Arrancaban tan firmes los cabellos
 A grandes ondas, que a tenerla cerca
 No hiciera yo otra cosa que ceñirla!

Luego dejad que en vuestras manos vaguen
 Los labios suyos; él me dijo un día
 Que nada era tan dulce al alma suya
 Como besar las femeninas manos...
 Y acaso, alguna vez, yo, la que anduve
 Vagando por afuera de la vida,
 —Como aquellos filósofos mendigos
 Que van a las ventanas señoriales
 Y miran sin envidia toda fiesta—
 Me allegue humildemente a vuestro lado
 Y con palabras quedas, susurrantes,
 Os pida vuestras manos un momento
 Para besarlas, yo, como él las besa...
 Y al recubrirlas, lenta, lentamente,
 Vaya pensando: aquí se aposentaron
 ¿Cuánto tiempo, sus labios, cuánto tiempo
 En las divinas manos que son suyas?
 Oh, qué amargo deleite, este deleite
 De buscar huellas suyas y seguirlas
 Sobre las manos vuestras tan sedosas,
 Tan finas, con sus venas tan azules!
 Oh, que nada podría, ni ser suya,
 Ni dominarle el alma, ni tenerlo
 Rendido aquí a mis pies, recompensarme
 Este horrible deleite de hacer mío
 Un inefable, apasionado rastro.
 Y allí en vos misma, sí, pues sois barrera,
 Barrera ardiente, viva, que al tocarla
 Ya me remueve este cansancio amargo,
 Este silencio de alma en que me escudo,
 Este dolor mortal en que me abismo,
 Esta inmovilidad del sentimiento
 Que sólo salta, bruscamente, cuando
 Nada es posible!

H A N V E N I D O

Hoy han venido a verme
Mi madre y mis hermanas.

Hace ya tiempo que yo estaba sola
Con mis versos, mi orgullo; en suma, nada.

Mi hermana, la más grande, está crecida:
Es rubiecita; por sus ojos pasa
El primer sueño. He dicho a la pequeña:
—La vida es dulce. Todo mal acaba...

Mi madre ha sonreído como suelen
Aquellos que conocen bien las almas;
Ha puesto sus dos manos en mis hombros,
Me ha mirado muy fijo...
Y han saltado mis lágrimas.

Hemos comido juntas en la pieza
Más tibia de la casa.
Cielo primaveral... para mirarlo
Fueron abiertas todas las ventanas.

Y mientras conversábamos tranquilas
De tantas cosas viejas y olvidadas,
Mi hermana, la menor, ha interrumpido:
—Las golondrinas pasan...

R O S A L E S D E S U B U R B I O

Claro, como llegó la primavera,
Sobre las pobres casas,
De latas y maderas,

De los suburbios, buen rosal que trepas,
Te has cubierto de rosas.

Si tú fueras
Como los hombres, oh, rosal, sin duda
como ellos, prefirieras
Para bien florecer las ricas casas,
Y desiertas
Dejaras las paredes de los pobres.

Pero no eres así.
La dulce tierra
Te basta en cualquier parte y te es lo mismo;
Para tu suerte, acaso, tú prefieras
Las modestas casuchas donde luces
Mejor, enredadera:
Único adorno que no cuestas nada...
(El agua, buenas rosas, todavía
Se baja de los cielos sin gabelas).

En las bellas mañanas, cuando miras
Las ventanas abiertas,
Tus brazos verdes y jugosos buscan
El espacio sin vidrios y penetran
Al interior del cuarto: —¡Buenos días!
Tus corolas intentan
Decir con sus rosados labiezuelos.

Luego, si muy risueño
Se te acerca
El niño sucio de azulados ojos
Y carnes prietas,
Te haces el que no entiendes y no miras;
Pero entiendes y miras, y le sueltas

Con mucho disimulo.
Como quien no quisiera,
Sobre sus rizos de oro, una corola
Sabiamente deshecha.

El niño, entonces, de suburbio, luce
En la rubia cabeza
La corona divina. No la siente
Porque nada le pesa
Y como un Eros haraposo canta
Y corriendo se aleja.

M I E D O

El niño se ha alejado de la casa un momento
Y se vuelve de pronto más ligero que el viento.

El niño en el camino se paró de repente
Porque dormida estaba al sol una serpiente.

Con el juguete nuevo en las manos deshecho
El niño se recuesta tembloroso en mi pecho.

Y en la pequeña caja del cuerpo estremecido
Repercute sin tregua un violento latido.

Así cuando en las manos aunque sean muy suaves
Temblorosas de miedo se acurrucan las aves.

Sobre el pecho del niño mis dos manos coloco
Y siento que la entraña se aquieta poco a poco.

Luego el niño levanta la cabeza, me mira
Con sus ojos azules y muy quedo suspira.

E S C L A V A

Yo te seguí en la sombra como una
Sombra funesta de tu luz esclava.
Y eras en mí como una espina brava.
Y eras en mí como piedad de luna.

Yo te seguí feroz como ninguna
Por tierras muertas entre fuego y lava;
Decía en llanto: si mi vida acaba
Tu espalda viendo lo tendré a fortuna.

Dulce tu alma como fruta a punto
La vi exprimirse sobre un alma blanca
Que ahora vive, con la tuya, junto.

Dolor gemidos de mi pecho arranca;
Mas al impulso de una fuerza loca
Cuando la besas tú, beso su boca.

E L C L A M O R

Alguna vez, andando por la vida,
Por piedad, por amor,
Como se da una fuente, sin reservas,
Yo di mi corazón.

Y dije al que pasaba, sin malicia,
Y quizá con fervor.
—Obedezco a la ley que nos gobierna:
He dado el corazón.

Y tan pronto lo dije, como un eco,
Ya se corrió la voz:
—Ved la mala mujer esa que pasa:
Ha dado el corazón.

De boca en boca, sobre los tejados,
Rodaba este clamor:
—¡Echadle piedras, eh, sobre la cara;
Ha dado el corazón!

Ya está sangrando, sí, la cara mía,
Pero no de rubor;
Que me vuelvo a los hombres y repito:
¡He dado el corazón!

LA QUE COMPRENDE

Con la cabeza negra caída hacia adelante
Está la mujer bella, la de mediana edad,
Postrada de rodillas y un Cristo agonizante
Desde su duro leño la mira con piedad.

En los ojos la carga de una enorme tristeza,
En el seno la carga del hijo por nacer,
Al pie del blanco Cristo que está sangrando reza:
—¡Señor, el hijo mío que no nazca mujer!

AL HIJO DE UN AVARO

Ya la avaricia te imprimió su huella
Sobre las carnes; la materia escasa
Recubre apenas tu armazón exiguo
De hombros estrechos.

Cabellos tienes desteñidos; mira
Como tu piel no brilla. Se repite
En ti el milagro de tu padre, el hombre
De ojos agudos.

¿Recuerdas tú? cuando eras tierno niño,
Medio dormido entre la sombra, oías
Caer monedas, lenta, lentamente,
Una por una.

Como tu padre, a media noche anduvo
También tu abuelo en subterráneos, y antes,
El padre de su padre ya ambulaba
Bajo la tierra.

Ni los esclavos te aman... ¡ah, no sabes
Cuán fácil aman los esclavos! Muestra
La bolsa tuya y llegarán cantando
Tus alabanzas.

Odias el sol pues te parece el oro
Que no pudiste conseguir. Te encierras
Por no mirarlo cuando sale a darse
Sencillamente.

Cuando tus manos van a tus bolsillos
Temblor las mueve, que tu raza toda
Pesa en los dedos con que, apenas, tiendes
Su vil moneda.

Oh, las mujeres que a tu lado pasan
Sienten el hielo de tus ojos y huyen

En sueños dulces a lejanos bosques
Primaverales.

Hijo de avaro, ven a mis rodillas,
Piedad me sobra... recogí en los ojos
El cielo azul, y el mar, que es movimiento,
Filtró por ellos.

Hijo de avaro, recubrirte ansío
Con mis dos brazos y en los ojos grises
Mirarte fijo!... Como un soplo ardiente
Te daré el alma!

Te sentirás crecer: los hombros tuyos
Han de agrandarse; tus cabellos secos
Tomarán brillo y el pulgar menguado
La curva mía.

Hijo de avaro, ven a mis rodillas;
Nadie te amó. Encogido, tembloroso,
Nunca entendiste el bien de los humanos
Unico: darse.

A ricos de alma le ofrecí mi alma
Toda, temblando de alegría; llega;
No tengas miedo, buitres; no se acaba
El pozo mío.

Que nadie es pobre como tú, el enjuto
De pecho y alma, el de los ojos grises,
El de los dedos comprimidos, secos...
¡Hijo de avaro!

LA QUIMERA

Como los niños iba hacia Oriente creyendo
Que con mis propias manos podría el sol tocar;
Como los niños iba, por la tierra redonda,
Persiguiendo, allá lejos, la quimera solar.

Estaba a igual distancia del oriente de oro
Por más que siempre andaba y que volvía a andar.
Hice como los niños: viendo inútil la marcha
Cogí flores del suelo y me puse a jugar.

EL ENSAYO

Si el corazón me fuera percutido
Pudiera ser que resonara a muerto,
Pero pudiera ser que diese ruido
De pájaros cantores en un huerto.

Es verdad que a morir, desde nacido,
Este buen corazón se va ensayando,
Pero, ensayos de un drama no aprendido,
Así vive, cayendo y levantando.

Las veces que ha cambiado de postura
No son una por cierto sino cien;
Que el arte de morir es cosa dura:
Se ensaya mucho y no se aprende bien.

LIGADURA HUMANA.

Imbécil sueño, que en el alma vives
Guardándole calor;
Estás acurrucado como un pobre
Mendigo en un portón.

Si por lo menos me dejaras libre
Podría, el corazón,
Lanzar gritos, diciendo que está solo
Y muere de dolor.

Pero no; te acurrucas en mi pecho
Y me velas la voz,
Y me atas a la vida miserable
Con tu poco calor.

En vano te desplazo a cada rato:
Con tu necio tesón,
Cuantas veces te arrojo cuantas vuelves,
Pesado moscardón.

LA MISERIA

—Corazón mío, dime: ¿qué es aquello
Que así defiendes de la humana feria
Al esconderlo tanto? ¿un sueño bello?
Y el corazón responde: —mi miseria.

Oh, con tan fiero empeño no la escondas:
Los seres que circulan a tu lado
Te robarán acaso dichas hõndas
Y todo sueño te será robado.

Mas tu miseria no: cese tu lidia;
Muestra tranquilo el fondo que la encierra.
Tu miseria es un bien que no se envidia;
Nadie te lo disputará sobre la tierra.

Todos celan su bien, pues por sus obras
Teme con el temor de las abejas;
Tú, más feliz, ya puedes, sin zozobras,
Lucir tu solo bien ¿de qué te quejas?

LA PESCA

Al borde de la vida,
Los hombres, en pescar,
Se pasan todo el tiempo:
Quién menos y quién más.

Atropellando vienen
Sus puestos a ocupar,
Traen grandes carnadas
Y piensan: pícarán.

Arriba el cielo limpio
Muy quietecito está
Y abajo, con su anzuelo,
Todos vienen y van.

Pescador: no te apures,
Deja el anzuelo en paz;
La muerte, ten seguro,
No se te escapará.

C H A R L A

Una voz en mi oído graves palabras vierte:
—¿Por qué, me dice, no eres, oh tú, la mujer fuerte?

Es bella la figura de la mujer heroica
Cuidando el fuego sacro con su mano de estoica.

Y yo sonrío y digo: [¶]la vida es una rueda.
Todo está bien: lo malo con lo bueno se enreda.

Si unas no parecieran desertoras vestales
En fuga hacia las dulces, paganas bacanales,

Las otras no tendrían valor de mujer fuerte:
La vida, al fin de cuentas, se mide por la muerte.

Ya ves: con mis locuras en verso yo he logrado
Distraerte un momento y hacerte más amado

El fino y blanco nombre de la mujer que quieres,
Reservada y discreta, espuma de mujeres.

¿Qué más pides? Con algo ya entretuve tu vida;
Pensaste, comparaste; voló el tiempo enseguida.

Mas ni con eso tengo yo tu agradecimiento.
Oh, buen género humano: nunca queda contento...

F R Í O S

Un frío crudo desató sus nuevas
Y la gente apurada, a tropezones,
Por la ciudad y como los ratones
Busca sus cuevas.

Al verlos por las calles enfilados,
Cuellos y manos por el paño ocultos,
En abrigos y pieles enfundados,
Parecen bultos.

Pero allá arriba, cielo azul y luna
Nunca tan limpios vió la vista mía.
Mientras la gente tiembla el cielo es una
Bella ironía.

Parece que una voz que descendiera
Del limpio cielo azul desdeñadora
Riendo de su daño les dijera:
—¡Oídme ahora!

B U E N O S A I R E S

Buenos Aires es un hombre
Que tiene grandes las piernas,
Grandes los pies y las manos
Y pequeña la cabeza.

(Gigante que está sentado
Con un río a su derecha,
Los pies monstruosos movibles
Y la mirada en pereza)

En sus dos ojos, mosaicos
De colores, se reflejan
Las cúpulas y las luces
De ciudades europeas.

Bajo sus pies, todavía
Están calientes las huellas
De los viejos querandies
De boleadoras y flechas.

Por eso cuando los nervios
Se le ponen en tormenta
Siente que los muertos indios
Se le suben por las piernas.

Choca este soplo que sube
Por sus pies, desde la tierra,
Con el mosaico europeo
Que en los grandes ojos lleva.

Entonces sus duras manos
Se crispan, vacilan, tiemblan,
A igual distancia tendidas
De los pies y la cabeza.

Sorda esta lucha por dentro
Le está restando sus fuerzas
Por eso sus ojos miran
Todavía con pereza.

Pero tras ellos, velados,
Rasguña la inteligencia
Y ya se le agranda el cráneo
Pujando de adentro afuera.

Como de mujer encinta
No fíes en la indolencia
De este hombre que está sentado
Con el Plata a su derecha.

Mira que tiene en la boca
Una sonrisa traviesa
Y abarca en dos golpes de ojo
Toda la costa de América.

Ponle muy cerca del oído;
Golpeando están en sus arterias:
¡Ay, si algún día le crece
Como los pies, la cabeza!

UN CEMENTERIO QUE MIRA AL MAR

Decid, oh muertos, ¿quién os puso un día
Así acostados junto al mar sonoro?
Comprendía quién fuera que los muertos
Se habían ya del canto de las aves
Y os han puesto muy cerca de las olas
Porque sintáis del mar azul, el ronco
Bramido que da miedo?

Os estáis junto al mar que no se calla
Muy quietecitos, con el muerto oído
Oyendo como crece la marea
Y aquel mar, que se mueve a vuestro lado,
Es la promesa no cumplida de una
Resurrección.

En primavera, el viento, suavemente,
Desde la barca que allá lejos pasa,
Os trae risas de mujeres... Tibio
Un beso viene con la risa, filtra
La piedra fría, y se acurruca, sabio,
En vuestra boca y os consuela un poco...

Pero en noches tremendas, cuando aúlla
El viento sobre el mar y allá a lo lejos
Los hombres vivos que navegan tiemblan
Sobre los cascos débiles, y el cielo
Se vuelca sobre el mar en aluviones,
Vosotros, los eternos contenidos,
No podéis más
Y en un lenguaje que ninguno entiende
Gritáis: —Venid, olas del mar, rodando,
Venid en masa y envolvednos como
Nos envolvieron de pasión movidos
Brazos amantes. Estrujadnos, olas,
Movednos de este lecho donde estamos
Horizontales, viendo como pasan
Los mundos por el cielo, noche a noche...
Entrad por nuestros ojos consumidos,
Buscad la lengua, la que habló, y movedla,
Echadnos fuera del sepulcro a golpes!

Y acaso el mar escuche, innumerable,
Vuestro llamado, monte por la playa,
Y os cubra al fin terriblemente hinchado!
Entonces, como obreros que comprenden,
Se detendrán las olas y leyendo
Las lápidas inscriptas, poco a poco
Las moverán a suaves golpes, hasta
Que las desplacen, lentas, y os liberten.
¡Oh, qué hondo grito el que daréis, qué enorme
Grito de muerto, cuando el mar os coja
Entre sus brazos, y os arroje al seno
Del grande abismo que se mueve siempre!

Brazos cansados de guardar la misma
Horizontal postura; tibias largas,

Calaveras sonrientes; elegantes
Fémures corvos, confundidos todos,
Danzaréis bajo el rayo de la luna
La milagrosa danza de las aguas.

Y algunas desprendidas cabelleras,
Rubias acaso, como el sol que baje
Curioso a veros, islas delicadas
Formarán sobre el mar y acaso atraigan
A los pequeños pájaros viajeros.

DE
O C R E
(1 9 2 5)

Chiquita

S O Y

Soy suave y triste si idolatro, puedo
Bajar el cielo hasta mi mano cuando
El alma de otro al alma mía enredo.
Plumón alguno no hallarás más blando.

Ninguna como yo las manos besa,
Ni se acurruca tanto en un ensueño,
Ni cupo en otro cuerpo, así pequeño,
Un alma humana de mayor terneza.

Muero sobre los ojos, si los siento
Como pájaros vivos, un momento,
Aletear bajo mis dedos blancos.

Sé la frase que encanta y que comprende;
Y sé callar cuando la luna asciende
Enorme y roja sobre los barrancos.

PALABRAS A MI MADRE

No las grandes verdades yo te pregunto, que,
No las contestarías; solamente investigo
Si, cuando me gestaste, fué la luna testigo,
Por los oscuros patios en flor paseándose.

Y si cuando, en tu seno de fervores latinos,
Yo escuchando dormía, un ronco mar sonoro
Te adormeció las noches, y miraste, en el oro
Del crepúsculo, hundirse los pájaros marinos.

Porque mi alma es toda fantástica, viajera,
Y la envuelve una nube de locura ligera
Cuando la luna nueva monta al cielo azulino.

Y gusta, si el mar abre sus fuertes pebeteros,
Arrullada en un claro cantar de marineros,
Mirar las grandes aves que pasan sin destino.

CUANDO LLEGUÉ A LA VIDA...

Vela sobre mi vida, mi grave amor inmenso:
Cuando llegué a la vida yo traía en suspenso
En el alma y la carne la locura enemiga,
El capricho elegante y el deseo que hostiga.

Me encantaban los viajes por las almas humanas,
La luz, los extranjeros, las abejas livianas,
El ocio, las palabras que inician el idilio;
Los cuerpos armoniosos, los versos de Virgilio.

Cuando sobre tu pecho mi alma fué apaciguada
Y la dulce criatura tuya y mía deseada
Yo puse entre tus manos toda mi fantasía

Y te dije humillada por estos pensamientos:
—Vigíame los ojos: cuando cambian los vientos
El alma femenina se trastorna y varía...

CANCIÓN DE LA NOVIA

En el corredor fresco, que los valles domina,
A pequeñas puntadas coso la blanca tela;
De vez en cuando miro la paloma que vuela
Y el insecto de oro en la tenue cortina.

Se me acercan, descalzos, deliciosos chiquillos,
Y en su nariz pequeña, de transparente cera,
Mi dedal se introduce. Reímos. Uno espera
A mi lado con una canasta de membrillos.

Grandes cactus sedientos sobre arenas doradas,
Y cigarras sonoras, y piedras calcinadas,
Se asoman a mis largas siestas, sin que concluya

Este lento desfile de puntos por mis manos.
Y a ratos, en el aire que impregnan los manzanos,
Van y vienen dos frases: Eres mía. Soy tuya.

TÚ QUE NUNCA SERÁS...

Sábado fué y capricho el beso dado,
Capricho de varón, audaz y fino,
Mas fué dulce el capricho masculino
A este mi corazón, lobezno alado.

No es que crea, no creo; si inclinado
Sobre mis manos te sentí divino
Y me embriagué, comprendo que este vino
No es para mí, mas juego y rueda el dado...

Yo soy ya la mujer que vive alerta,
Tú, el tremendo varón que se despierta
Y es un torrente que se ensancha en río

Y más se encrespa mientras corre y poda.
Ah, me resisto, mas me tienes toda,
Tú, que nunca serás del todo mío.

RESPUESTA DE LA MARQUESA A LAS ESTANCIAS DE CORNEILLE

Me decís, gran talento, en palabras de mofa,
Con una voz galante y perversa, que, un día,
Mis líneas seductoras, mi desdén de vacía,
Pasarán... si no quedan en vuestra bella estrofa.

Un ligero despecho orgulloso refleja
Vuestra finta a esta vana marquesita triunfante
Y, a cambio de la estrofa, inmortal, que me cante,
Me proponéis un beso a vuestra boca vieja.

¿Tenéis una fe ciega en la vida del verso?
Yo medito en que el Todo será un día disperso...
Oh, dejadme que mire distraída esa rosa;

Soy mujer ante todo, del presente me encanto.
Perdonadme, poeta, que a vuestro grave canto
Prefiera el beso joven de una boca jugosa.

LAS GRANDES MUJERES

En las grandes mujeres reposó el universo.
Las consumió el amor, como el fuego al estaño,
A unas; reinas, otras, sangraron su rebaño.
Beatriz y Lady Macbeth tienen genio diverso.

De algunas, en el mármol, queda el seno perverso.
Brillan las grandes madres de los grandes de antaño.
Y es la carne perfecta dadivosa del daño.
Y son las exaltadas que entretejen el verso.

De los libros las tomo como de un escenario
Fastuoso —¿Las envidias, corazón mercenario?
Son gloriosas y grandes, y eres nada, te arguyo.

—Ay, rastreando en sus almas, como en selva las lobas,
A mirarlas de cerca me bajé a sus alcobas
Y oí un bostezo enorme que se parece al tuyo.

DUERME TRANQUILO

Dijiste la palabra que enamora
A mis oídos. Ya olvidaste. Bueno.
Duerme tranquilo. Debe estar sereno
Y hermoso el rostro tuyo a toda hora.

Cuando encanta la boca seductora
Debe ser fresca, su decir ameno;
Para tu oficio de amador no es bueno
El rostro ardido del que mucho llora.

Te reclaman destinos más gloriosos
Que el de llevar en los oscuros pozos
De las ojerías la mirada en duelo.

Cubre de bellas víctimas el suelo:
Más daño al mundo hizo la espada fatua
De algún bárbaro rey. Y tiene estatua.

FIESTA

Junto a la playa, núbiles criaturas,
Dulces y bellas danzan, las cinturas
Abandonadas en el brazo amigo.
Y las estrellas sirven de testigo.

Visten de azul, de blanco, plata, verde...
Y la pequeña mano, que se pierde
Bajo la grande, espera; y la fingida,
Vaga frase amorosa, ya es creída.

Hay quien dice feliz: —La vida es bella.
Hay quien tiende la mano hacia una estrella
Y la espera con dulce arrobamiento.

Yo me vuelvo de espaldas. Desde un quiosco
Contemplo el mar lejano, negro y fosco,
Irónica la boca. Ruge el viento.

CAMINO A LOS PAREDONES

En la greda reseca ni una sola gramilla.
A un lado el alto nudo de las sierras y enfrente
Otro muro de piedra oxidada y caliente.
Y el cielo casi verde. Y la tierra amarilla.

El espino. Palmeras negras, rotas, quemadas,
Sobre el plano arenoso. No hay aves. Un profundo
Silencio. En las laderas grandes piedras echadas.
Y algo del primitivo cataclismo del mundo.

En el largo crepúsculo de las tardes serranas
Aquellos bultos pétreos toman formas humanas
Y animales: un indio, una lanza, algún potro.

Y los nervios tirantes, los ojos y el oído,
Miedosamente esperan ver, de un momento a otro,
Levantarse las piedras, volar el alarido.

CARA COPIADA

Es la cara de un niño transparente, azulosa,
Como si entre los músculos y la piel de la cara
Una láctea corriente lentamente rodara.
En ella solamente la boca es una rosa.

Y detrás de ese rostro de lavada azucena
Otra cara se esconde, fuertemente esculpida;
Es aquella del hombre que le ha dado la vida
Y se mueve en sus rasgos y los gestos le ordena:

Mira con inocencia y es dura su mirada;
Su sonrisa es tranquila y en el fondo es taimada:
Hay huellas en la fresca ternura de su pulpa.

Ya en la boca se pinta la blandura redonda
Que dan los besos largos y en su nariz la honda
Candidez de la especie. Y carece de culpa.

OLVIDO

Lidia Rosa: hoy es martes y hace frío. En tu casa,
De piedra gris, tu duermes tu sueño en un costado
De la ciudad. ¿Aun guardas tu pecho enamorado
Ya que de amor moriste? Te diré lo que pasa:

El hombre que adorabas, de grises ojos crueles,
En la tarde de otoño fuma su cigarrillo.
Detrás de los cristales mira el cielo amarillo
Y la calle en que vuelan desteñidos papeles.

Toma un libro. Le tiende sus brazos la poltrona.
Cuerpo y alma ya laxos a la seda abandona
Y sólo se oye un ruido de papel desgarrado.

Las cinco. Tú caías a esta hora en su pecho,
Y acaso te recuerda... Pero su blando lecho
Ya tiene el hueco tibio de otro cuerpo rosado.

ENCUENTRO

Lo encontré en una esquina de la calle Florida
Más pálido que nunca, distraído como antes;
Dos largos años hubo poseído mi vida...
Lo miré sin sorpresa, jugando con mis guantes.

Y una pregunta mía, estúpida, ligera,
De un reproche tranquilo llenó sus transparentes
Ojos, ya que le dije de liviana manera:
—¿Por qué tienes ahora amarillos los dientes?

Me abandonó. De prisa le ví cruzar la calle
Y con su manga oscura rozar el blanco talle
De alguna vagabunda que andaba por la vía.

Perseguí por un rato su sombrero que huía...
Después fué, ya lejano, una mancha de herrumbre.
Y lo engulló de nuevo la espesa muchedumbre.

I

R U E D A

La casta y honda amiga me dice sus razones:
—Soy joven, no he vivido. ¿Mi marido? Un engaño.
Tengo tres hijos, veo rodar año tras año
En uno como lento sueño sin emociones.

A veces descerrojo, tentada, mis balcones
Por ver el hombre fino, el soberbio, el huracán.
Inútil. ¡Si pudiera curarme de este daño!
Ay, el amor no es juego que arregle desazones.

Las atenúa, acaso: más los hombres, mi amiga,
No me valen la pena de un ensayo: desliga
Mi corazón, cercado, su más viva lisonja.

Tengo el cuerpo perfecto y la boca rosada,
Para el amor más alto yo estaba destinada;
Pero escondo mi fuego bajo un velo de monja.

II

LA OTRA AMIGA

Y otra amiga me dice: —Las mujeres mentales
Perdedoras salimos en negocios de amores.
Tenemos, ciertamente, muchos adoradores:
Buscan pequeños sorbos en caídas vestales.

Su corazón lo ponen no en las espirituales
Que fatigan al cabo. Como cultivadores
Adoran lo que crean: piensan que las mejores
Son aquellas plegadas a sus modos carnales.

Las mujeres mentales somos las plataformas:
Mejoramos los hombres y pulimos sus normas;
Refinan en nosotras su instinto desatado.

Y cuando, ya cansadas de esperar les pedimos
El corazón en cambio del propio que le dimos,
Se lleva la que pasa lo que hemos adornado.

III

Y AGREGA LA TERCERA

—Acaso se lo lleva la que menos le cuesta.
Halló en ella más fácil la vida ya pesada.
Todo cerebro activo lleva un alma quebrada
Y el hombre, en las mujeres, busca un poco de fiesta.

Cuida mejor la casa la mujer que es modesta
Y no tiene una vida mental imaginada.
Si del hombre que adora se comprende engañada
Recibe lo que sobra y a su lado se acuesta.

No por esto posee la mujer por entero
Al que, sin ser amante, puede ser compañero:
Acaso él también sueña lo mismo que soñamos.

Y, sobre el nudo diario de su vida tranquila,
Regulada, en su pecho luminoso vigila
Un ideal femenino cuya clave ignoramos.

EL ENGAÑO

Soy tuya, Dios lo sabe por qué, ya que comprendo
Que habrás de abandonarme, friamente, mañana,
Y que, bajo el encanto de mis ojos, te gana
Otro encanto el deseo, pero no me defiendo.

Espero que esto un día cualquiera se concluya
Pues intuyo al instante lo que piensas o quieres;
Con voz indiferente te hablo de otras mujeres
Y hasta ensayo el elogio de alguna que fué tuya.

Pero tú sabes menos que yo y algo orgulloso
De que te pertenezca en tu juego engañoso
Persistes con un aire de actor del papel dueño.

Yo te miro callada con mi dulce sonrisa
Y cuando te entusiasmas, pienso: no te des prisa,
No eres tú el que me engaña; quién me engaña es mi sueño.

UNA VEZ MÁS

Es una boca más la que he besado.
¿Qué hallé en el fondo de tan dulce boca?
¿Que nada hay nuevo bajo el sol y es poca
La miel de un beso para haberlo dado?

Heme otra vez aquí, pomo vaciado;
Bajo este sol que mis espaldas toca
A la cordura, vanamente, invoca
Mi triste corazón desorbitado.

¿Una vez más?... Mi carne se estremece
Y un gran terror entre mis venas crece
Pues alguien da mi nombre a los caminos

Y es su voz de hombre, cálida y temida.
Ay, quiero estar me quieta y soy movida
Hacia la sombra verde de los pinos.

INÚTIL SOY

Por seguir de las cosas el compás,
A veces quise, en este siglo activo,
Pensar, luchar, vivir con lo que vivo,
Ser en el mundo algún tornillo más.

Pero, atada al ensueño seductor,
De mi instinto volví al oscuro pozo,
Pues, como algún insecto perezoso
Y bello, yo nací para el amor.

Inútil soy, pesada, torpe, lenta.
Mi cuerpo al sol tendido se alimenta
Y sólo vivo bien en el verano

Cuando la selva huele y la enroscada
Serpiente duerme en tierra calcinada,
Y la fruta se baja hasta mi mano.

LOS COROS

El escenario estaba rebosante de seres
De abigarrado aspecto que formaban el coro,
Pomposos bajo el casco de cartones al oro;
Altos, bajos, ventrudos; hombres, niños, mujeres...

¿Quiénes eran? Acaso en el seno de alguna
Fué muerto el ser pequeño en su tercera luna.
Acaso allí anidaban el traidor, la hechicera,
La mano que sustrae, la astuta, la ramera.

Cantaron. ¡Oh pureza! ¡Oh sinfonía clara!
Era como si el aire, en suspenso, llevara
Diluidos en notas corazones divinos.

Entonces, comprendiendo, a mí misma me dije:
—Para cumplir algunos de sus nobles destinos
El arte, al fin, ignora la materia que elige.

¿DE QUÉ ME QUEJO?

¿De qué me quejo? Es cierto que me bajé hasta el fondo
Del alma del que amaba, y lleno de sí mismo
Lo hallé, y al viento helado de su helado egoísmo
Dudé que el globo fuera, como dicen, redondo.

¿De qué me quejo? ¿Acaso porque el cuerpo, en su daño,
Afiebrado se arrastra en zig-zag por el suelo,
Y el monstruo pecho hinchado le impide alzar el vuelo,
Pues dentro el pulpo negro crece del desengaño?

¿De qué me quejo? Gracias. Mantengo todavía
Vértebra sobre vértebra. Hacia la melodía
Mi fina red nerviosa aun puede con anhelo

Tenderse, oír los dulces, inefables, sonidos.
En mis cuencas aun giran los ojos sostenidos
Y aunque pesados se alzan hacia tu luz, oh cielo.

CAPRICHOS

La niña vió a la luna en el azul estanque
Que en medio de los pinos servía de pecera..
(Piernas de cazadora, suelta la cabellera,
Y el fino seno blanco celoso de su arranque).

De un elástico salto llegó junto a la fuente,
Hundió sus blancas manos, tomó el disco de oro
Y al cargar junto al cuello el redondo tesoro
La cabellera negra se le tornó luciente.

Y huyó bajo las selvas. Su grito de alegría
Hasta los dulces nidos de las aves subía,
E, iluminado el bosque perfumado, la vieron,

Cargada de la luna, pasar los abedules;
Y siguiendo en el aire la curva de sus tules
Ejércitos de pájaros cantando la siguieron.

VERSO DECORATIVO

¿Con quién me has confundido, oh precoz primavera
De mi año treinta y uno? ¿Con un tronco rosado?
¿Porque has visto mi cuerpo en el campo parado
Creíste que era un árbol o alguna enredadera?

¿Confundiste mis ojos con dos flores de cardo?
¿Mis cabellos con una dorada pelusilla?
¿Con un fruto ligero mi apagada mejilla
Y mi aroma esenciado con el puro del nardo?

Pues, como si raíces me fueran los talones,
Tu savia de septiembre me sube a borbotones
Y me inunda las venas de lenguajes diversos.

Y planta humana al cabo, por el abierto poro
De la piel sonrosada, en guirnalda de oro,
Se escapan y me cubren los alocados versos.

A UN DESCONOCIDO

En esta tarde de oro, dulce, porque supongo
Que la vida es eterna, mientras desde los pinos
Las dulces flautas suenan de alados inquilinos
Siento, desconocido, que en tu ser me prolongo.

Los encantados ojos en tu recuerdo pongo:
¿Quién te acuñó los rasgos en moldes aguileños
Y un sol ardiente y muerto te puso en los divinos
Cabellos, que se ciñen al recio casco oblongo?

¿Quién eres tú, el que tienes en los ojos lejanos
El brillo verdinegro de los muertos pantanos,
En la boca un gran arco de cansancio altanero,

Y a mi pesar arrastras, colgante de tu espalda,
Como un manto purpúreo o una roja guirnalda,
Por la ciudad del Plata mi corazón de acero?

PALABRAS A UN HABITANTE DE MARTE

¿Será verdad que existes sobre el rojo planeta,
Que como yo posees finas manos prehensiles,
Boca para la risa, corazón de poeta,
Y un alma administrada por los nervios sutiles?

Pero en tu mundo, acaso, ¿se yerguen las ciudades
Como sepulcros tristes? ¿Las asoló la espada?
¿Ya todo ha sido dicho? ¿Con tu planeta añades
A la Vasta Armonía otra copa vaciada?

Si eres como un terrestre, ¿qué podría importarme
Que tu señal de vida bajara a visitarme?
Busco una estirpe nueva a través de la altura;

Cuerpos hermosos dueños del secreto celeste
De la dicha lograda. Mas si el tuyo no es éste,
Si todo se repite, calla, triste criatura.

TRAICIÓN

Sobre mi alma que era ardida cal,
En este dulce comenzar de otoño,
No sé dónde se insinuó un retoño
Y un nuevo amor me da su bien y mal.

Me ausculto ahora, miro este inicial
Amor con miedo y se me antoja un moño
Rojo, en un traje pálido de otoño.
¿No di palabra a una pasión ideal?

Corazón que me vienes de mujer;
Hay algo superior al propio ser
En las mujeres: su naturaleza.

Traiciono a cada instante sin querer;
Luego lloro y desnudo, con nobleza,
La llaga oscura que en mi pecho pesa.

VERSOS A LA MEMORIA

Poblada biblioteca que no ocupas espacio
Y que a cuestras te lleva un pollino cualquiera,
Tus monedas fallidas llenan la faltriguera
De un pedante y circulan como oro del espacio.

De los bienes del seso enfatuada tutela:
(Memoria de lo visto, lo leído y gustado,
Eres el hilo mismo con que será hilvanado
Lo que el hombre compone, si bien no eres la tela).

En exiguas porciones te mezclas a mi escrito.
(Mi encono, a tu respecto, no es por cierto gratuito,
Que hasta de sus defectos los hombres son celosos):

Te desdeno como esos mancebos musculosos
Que celando una fácil y pesada doncella
No pudieron lograrla para servirse de ella.

ANTE UN HÉROE DE IVAN MESTROVIC

Tallado en mármol, la cintura fina,
Los muslos estallantes, la cabeza
Reflejadora de gigante empresa,
La maravilla del cincel camina.

¿A dónde va? La fiebre lo devora
De vencer o morir de tal manera
Que en el esfuerzo de avanzar pudiera
Hundir el cuerpo en la lejana aurora.

Mármol, del siglo XX desvaído,
A quien un hombre púsole el latido
Antiguo y fuerte de las grandes pruebas:

¿Por qué, por un milagro no te vuelves
Humana forma, y al pasar me envuelves
Entre los brazos y al azar me llevas?

UNA VOZ

Voz horadante de mi espalda,
En algún viaje a las afueras,
Mientras caía de mi falda
El libro abierto, ¿de quién eras?

Sonabas cálida y segura
Como de alguno que domina
Del hombre obscuro el alma oscura;
La clara carne femenina.

No me dí vuelta a ver el hombre
En el deseo que me fuera
Su rostro anónimo y pudiera
Su voz ser música sin nombre.

¡Oh simpatía de la vida!
¡Oh comunión que me ha valido,
Por el encanto de un sonido
Ser, sin quererlo, poseída!

SALUDO AL HOMBRE

Con mayúscula escribo tu nombre y te saludo,
Hombre, mientras depongo mi femenino escudo
En sencilla y valiente confesión de derrota.
Omnívoro: naciste para llevar la cota
Y yo el sexo, pesado como carro de acero,
Y humilde (se delata en función de granero).
Brindo por tu adiestrada libertad, la soltura
Conque te sientes hijo claro de la natura
Y lector aplicado de aquel su abecedario
Que enseña el solo verbo que es interplanetario.

Mas no con gesto humilde, instintivo, anhelante,
Tu pecho se deforma en boca del lactante.
No se ajusta a tu carne pasajera belleza
Que se acrece con artes que lo son de pereza:
Tu juventud, más alta, se hace de pensamientos:
(Las ideas dan rosas y rosas los ungüentos...)
¿No eres el Desligado, Sire, por excelencia?
¡Salud! En versos te hago mi fina reverencia.

LA PALABRA

Naturaleza: gracias por este don supremo
Del verso, que me diste;
Yo soy la mujer triste
A quien Caronte ya mostró su remo.

¿Qué fuera de mi vida sin la dulce palabra?
Como el óxido labra
Sus arabescos ocres
Yo me grabé en los hombres, sublimes o mediocres.

Mientras vaciaba el pomo candente de mi pecho
No sentía el acecho
Torvo y feroz de la sirena negra.

Me salí de mi carne, gocé el goce más alto:
Oponer una frase de basalto
Al genio oscuro que nos desintegra.

DIVERTIDAS ESTANCIAS A DON JUAN

Noctámbulo mochuelo:
Por fortuna tu estás
Bien dormido en el suelo
Y no despertarás.

Si tu sombra se alzara
Vería a la mujer
Midiendo con su vara
Tu aventura de ayer.

La flaca doña Elvira,
La casta doña Inés,
Hoy leen a Delmira
Y a Stendhal, en francés.

Caballeros sin gloria,
Sin capa y sin jubón,
Reaniman tu memoria
A través de un salón.

No escalan los balcones
Tras el prudente aviso;

Para hurtar corazones
Imitan a Narciso.

Las muchachas leídas
De este siglo de hervor
Se mueren de aburridas
Sin un cosechador.

Más que nunca preciosas,
Oh gran goloso, están,
Mas no ceden sus rosas;
No despiertes, don Juan.

Que no ha parado en vano
La aventurera luna:
Tu castigante mano
No hallaría fortuna.

Y hasta hay alguna artera,
Juguetona mujer,
Que toma tu manera
Y ensaya tu poder.

EPITAFIO PARA MI TUMBA

Aquí descanso yo: dice "Alfonsina"
El epitafio claro al que se inclina.

Aquí descanso yo, y en este pozo,
Pues que no siento, me solazo y gozo.

Los turbios ojos muertos ya no giran,
Los labios, desgranados, no suspiran.

Duermo mi sueño eterno a pierna suelta;
Me llaman y no quiero darme vuelta.

Tengo la tierra encima y no la siento,
Llega el invierno y no me enfía el viento.

El verano mis sueños no madura,
La primavera el pulso no me apura.

El corazón no tiembla, salta o late,
Fuera estoy de la línea de combate.

¿Qué dice el ave aquella, caminante?
Tradúceme su canto perturbante:

"Nace la luna nueva, el mar perfuma,
"Los cuerpos bellos bañanse de espuma.

"Va junto al mar un hombre que en la boca
"Lleva una abeja libadora y loca:

"Bajo la blanca tela el torso quiere
"El otro torso que palpita y muere.

"Los marineros sueñan en las proas,
"Cantan muchachas desde las canoas.

"Zarpan los buques y en sus claras cuevas
"Los hombres parten hacia tierras nuevas.

"La mujer que en el suelo está dormida
"Y en su epitafio ríe de la vida,

"Como es mujer grabó en su sepultura
"Una mentira aún: la de su hartura.

ROMANCE DE LA VENGANZA

Cazador alto y tan bello
Como en la tierra no hay dos
Se fué de caza una tarde
Por los montes del Señor.

Seguro llevaba el paso,
Listo el plomo, el corazón
Repicando, la cabeza
Erguida y dulce la voz.

Bajo el oro de la tarde
Tanto el cazador cazó
Que finas lágrimas rojas
Se puso a llorar el sol...

Cuando volvía cantando
Suavemente a media voz
Desde un árbol, enroscada,
Una serpiente lo vió.

Iba a vengar a las aves,
Mas, tremendo, el cazador
Con hoja de firme acero
La cabeza le cortó.

Pero aguardándolo estaba
A muy pocos pasos yo...
Lo ató con mi cabellera
Y dominé su furor.

Ya maniatado le dije:
—Pájaros matásteis vos



Y voy a tomar venganza
Ahora que mío sois...

Mas no lo maté con armas,
Busqué una muerte peor:
Lo besé tan dulcemente
Que le partí el corazón!

Envío

Cazador: si vas de caza
Por los montes del Señor
Teme que a pájaros venguen
Hondas heridas de amor.

EL PARQUE

En el aire reseco flota miel diluída,
De los árboles bajan zumos de primavera,
La sangre de los troncos su subida acelera,
La abeja soberana va a quitar una vida.

Por el urbano parque de rojizos senderos,
Afeitadas gramillas y artificiales fuentes,
Paseo; las estatuas tienen tristes las frentes,
Pero a sus pies las flores saltan de los canteros.

Bosquecillos de acacias puestos de trecho en trecho
Calan el horizonte al dibujo sensible.
Zumba un oro ligero mas sin cuerpo visible.
Hay arriba un zafiro ahuecado por techo.

En el verdeante lago donde el pétalo ambula,
Señoriales, los cisnes enarcados, navegan;
Finas columnas blancas se reflejan y juegan
A encontrarse en el agua que las tuerce y ondula.

Como hace miles de años flota un áspero aliento
De mediodía y bajo mi planta destructora
La gramilla aplastada no se duele ni llora;
Pugna por levantarse en el brazo del viento.

Como hace miles de años sube de las corolas
Un venenoso, dulce y profundo llamado:
Paréceme que algo va a serme revelado.
Retrocedo en el tiempo. Queman las amapolas.

¿Dónde he visto estos cisnes, esta hiedra, hace mucho,
Estas blancas columnas y este sol deslumbrante?
No tenía estas ropas grises de caminante:
Yo nadaba en un lago y escuché lo que escucho.

Una nota asustada suelta mi pecho magro,
¿Siento mi voz acaso como por vez primera?...
Ah, el corazón disuelto de tanta primavera
Está fuera del tiempo y anticipa un milagro.

Está fuera del tiempo, porque vuelvo la vista
Al tupido bosque de espinosas retamas
Y presiento que acechan las pupilas en llamas
De algún sátiro joven que al asalto se alista.

Va la tierra a prensarse bajo el casco de uña
Y a su grito salvaje verá alzarse las aves
De sus nidos ocultos y los céspedes suaves
Encogerse al amago de la dura pezuña.

Algo de otras edades, de una limpia rudeza,
Sorprenderá a los cisnes blancos del siglo XX;
Sonreirán las bocas de mármol de la fuente
Al amor desusado de una fiera simpleza.

Por mirar cómo escapan las mujeres rosadas
Las mujeres de piedra darán vuelta sus bustos
Y en la sombra discreta de los negros arbustos
Habrá una fuga fina de blancas carcajadas.

Pero es grave el contraste: bajo mis ojos cae,
Saliendo del bosque, una cara pulida:
De mi siglo: es un joven; en su boca bellida
Un cansancio elegante a mis tiempos me trae.

Hacia mí se encamina con un paso que ondula,
Su piel amarillenta le da una muerta gracia,
Ojeras prematuras sellan su aristocracia;
Pasa a mi lado, mira, me pesa y me calcula...

Galantería fácil, frase de primavera,
Irrumpe de su boca, tenue mancha lavada;
Miro sus manos pulcras y su barba afeitada
Y se anima en sus ojos una llama ligera.

...Pero se aleja a paso reposado y tranquilo;
Algún cisne lo mira sin sorpresa en el lago;
Sigue cantando el ave su canto fino y vago;
La araña no ha cesado de tejer con su hilo.

El sol, sobre su cuerpo, cobra la indiferencia
De un filósofo triste que contemplara escombros;
Cada vez más se alejan los rellenados hombros
Y a su paso las cosas se cargan de paciencia.

No han girado sus bustos las mujeres de piedra;
Sigue el agua goteando con idéntico canto;
En el bosque no hay risas ni carreras de espanto;
Mana un negro silencio y está quieta la hiedra...

Allá lejos se pierde la figura del hombre;
Recuerdo su mirada, turbia y domesticada.
Oh suspicaz, moderna y pequeña mirada:
El corazón me llenas de una angustia sin nombre!

D O L O R

Quisiera esta tarde divina de Octubre
Pasear por la orilla lejana del mar;

Que la arena de oro y las aguas verdes
Y los cielos puros me vieran pasar.

Ser alta, soberbia, perfecta, quisiera,
Como una romana, para concordar

Con las grandes olas, y las rocas muertas
Y las anchas playas que ciñen el mar.

Con el paso lento y los ojos fríos
Y la boca muda dejarme llevar:

Ver cómo se rompen las olas azules
Contra los granitos y no parpadear;

Ver cómo las aves rapaces se comen
Los peces pequeños y no suspirar;

Pensar que pudieran las frágiles barcas
Hundirse en las aguas y no despertar;

Ver que se adelanta, la garganta libre,
El hombre más bello: no desear amar...

Perder la mirada, distraídamente,
Perderla y que nunca la vuelva a encontrar;

Y, figura erguida entre cielo y playa,
Sentirme el olvido perenne del mar.

NATURALEZA MÍA

Naturaleza mía, la que fuera
Como pesada abeja en primavera,
Ociosa y hecha para siestas de oro,
Voraz, aletargosa, mudadera.

Bajo las tardes cálidas, dormida
De amor, ya el nuevo amor te daba brida
Y tú arrastrabas un pesado cuerpo,
Pesado por el zumo de la vida.

¿Qué hice de tí? Para enfrenar tus males
Sobre tus formas apreté sayales
Y en flagelarte puse empeño tanto
Que hoy filosofas junto a los rosales.

Disminuída, atáxica, robada,
En tu pura pureza violada,
Miras te baten palmas los sensatos
Con tu ya blanca y última mirada.

DE MUNDO DE SIETE POZOS

(1 9 3 4)

Chupin

MUNDO DE SIETE POZOS (*)

Se balancea,
arriba, sobre el cuello,
el mundo de las siete puertas:
la humana cabeza...

Redonda, como los planetas:
Arde en su centro
el núcleo primero.
Osea la corteza;
sobre ella el limo dérmico
sembrado
del bosque espeso de la cabellera.

Desde el núcleo,
en mareas
absolutas y azules,
asciende el agua de la mirada
y abre las suaves puertas
de los ojos
como mares en la tierra.
...Tan quietas
esas mansas aguas de Dios

(*) Se ha respetado, con referencia a las versales, las elegidas por la autora en los libros originales. Mayúsculas hasta *Ocre*, as posteriormente.

que sobre ellas
mariposas e insectos de oro
se balancean.

Y las otras dos puertas:
las antenas acurrucadas
en las catacumbas que inician las orejas;
pozos de sonidos,
caracolas de nácar donde resuena
la palabra expresada
y la no expresa;
tubos colocados a derecha e izquierda
para que el mar no calle nunca,
y el alma mecánica de los mundos
rumorosa sea.

Y la montaña alzada
sobre la línea ecuatorial de la cabeza:
la nariz de batientes de cera
por donde comienza
a callarse el color de la vida;
las dos puertas
por donde adelanta
—flores, ramas y frutas—
la serpentina olorosa de la primavera.

Y el cráter de la boca
de bordes ardidos
y paredes calcinadas y reseca;
el cráter que arroja
el azufre de las palabras violentas;
el humo denso que viene
del corazón y su tormenta;
la puerta
en corales labrada suntuosos

por donde engulle la bestia
y el ángel canta y sonríe
y el volcán humano desconcierta.

Se balancea,
arriba,
sobre el cuello,
el mundo de los siete pozos:
la humana cabeza.

Y se abren praderas rosadas
en sus valles de seda:
las mejillas musgosas.

Y riela
sobre la comba de la frente,
desierto blanco,
la luz lejana de una luna muerta...

O J O

Reposa.
El crepúsculo
muere más
allí, donde, pájaro quieto,
aguarda.

Mares tristes,
apretados,
mueven
en él
sus olas.

Los paisajes
del día
lo navegan
lentos.

Tímidas,
las primeras estrellas
lloran
su luz insabora
en la pupila fija.

En el fondo oscuro
largas hileras humanas
se le desplazan
incesantemente:

Parten
en distintas
direcciones;
retroceden;
retroceden;
tocan
los primeros
hombres:

Gimen porque nace el sol.
Gimen porque muere el sol...

Todo está allí,
apretado en la cuenca,
donde,
pájaro quieto,
aguarda.

Y LA CABEZA COMENZÓ A ARDER

Sobre la pared
negra
se abría
un cuadrado
que daba
al más allá.

Y rodó la luna
hasta la ventana;
se paró
y me dijo:
"De aquí no me muevo;
te miro.

No quiero crecer
ni adelgazarme.
Soy la flor
infinita
que se abre
en el agujero
de tu casa.

No quiero ya
rodar
detrás de
las tierras
que no conoces,
mariposa
libadora
de sombras.

Ni alzar fantasmas
sobre las cúpulas
lejanas
que me beben.

Me fijo.
Te miro”.

Y yo no contestaba.
Una cabeza
dormía bajo
mis manos.

Blanca
como tú,
luna.

Los pozos de sus ojos
fluían un agua
parda
estriada
de víboras luminosas.

Y de pronto
la cabeza
comenzó a arder
como las estrellas
en el crepúsculo.

Y mis manos
se tiñeron
de una substancia
fosforescente.

E incendio
con ella
las casas
de los hombres,
los bosques
de las bestias.

EL CAZADOR DE PAISAJES

Levantado
sobre tus dos piernas,
como la torre
en la llanura,
tu cabeza perfecta
cazaba paisajes.

Ya el sol,
último pez del horizonte.
Ya las colinas,
pequeños senos
cubiertos de bello
dorado.

Ya las balumbas
de nubes
heroicas,
ocultadoras
de las trompetas
del trueno.

Sobre la máquina
voladora

o rodante,
o la torre
de tu cuerpo,
trasponías horizontes
absorbiendo
racimos
de formas
y colores.

Adherida a tu velocidad,
como la hoja
a la rueda,
lancé tímidas flechas
a tus paisajes soberbios.

Y sólo
pequeños
rincones de formas
recogió mi corazón
adormecido.

BUQUE-ESCUELA

Azul gris
hería tu mole
el plumón blando
de las aguas.

Pero te acunaban,
ignorantes
de tus nidos
de obuses.

Tornillo sobre tornillo,
plancha sobre plancha,
torre sobre torre,
te lanzabas al aire
en un esfuerzo
de catapulta.

Te odiaba,
desde el muelle,
porque te vestías
de cielo
y mar calmo;
taimado...

Cuando te hollé
una nube de adolescentes
uniformados
irrumpió por tus puentes.

Habían vuelto a cargarse
las ramas humanas
secadas a cañonazos.

Y había más que antes;
y eran más hermosos
que antes:

Cuellos fornidos
de cuerda
prensada.

Ojos tiernos.

Carne dorada
a espuma y sal.

Dientes agudos,
luminosos.

Grandes bocas
húmedas aún
de besos maternos,
abiertas,
pedigüeñas,
como las de los pichones.

Rodaban como frutas
sobre el acero del buque.

Perfumaban el hierro.
Desteñían la pintura.

Hablaban palabras de hombre,
musicales:...

Movían los brazos
en círculos
de estrechamiento.

Uno,
con una pajuela,
le hacía cosquillas
a un gato;
su nariz riente,
tras el ojo de buey,
lanzaba gritos
de pueril alegría.

Lúgubre,
de vez en cuando,
sonaba una campana:

...Máscara de hierro
sobre las caras!
Y nacía,
hosca,
la fila
sin albedrío.

VOLUNTAD

Mariposa ebria,
la tarde,
giraba sobre nuestras cabezas
estrechando sus círculos
de nubes blancas
hacia el vértice áspero
de tu boca
que se abría frente al mar
alineando sus blancos lobeños.

Cielo y tierra
morían
en la música verde de las aguas
que no conocían caminos.

Retrocedía,
ahuecada,
la pared del horizonte
e iban a echarse a danzar
las rocas negras.

Me desnivelaban ya
los círculos de arriba

empujándome hacia ti
como hacia raíz lejana
de la que brotara.

Pero sólo la tarde
bebió lenta
la cicuta
de tu boca.

VOZ Y CONTRAVOZ

I

V O Z

Te ataré
a los puños,
como una llama,
dolor de servir
a cosas ocultas.

Echaré a correr
con los puños en alto
por entre las casas
de los hombres.

Hemos dormido, todos,
demasiado.

Dormido
a plena luz,
como las estrellas
a pleno día.

Dormido,
con las lámparas
a medio encender:
enfriados
en el ardimiento solar;
contando el número
de nuestros cabellos,
viendo crecer
nuestras veinte
uñas.

¿Cuándo
los jardines del cielo
echarán raíces
en la carne de los hombres,
en la vida de los hombres,
en la casa de los hombres?

No hay que dormir,
hasta entonces.
Abiertos los párpados,
separados con los dedos
si quieren ceder,
hasta enrojecerlos
por el cansancio
como los círculos
lunares
cuando la tormenta
quiere
desmembrar
el universo.

II

CONTRAVOZ

Entierra la pluma
antes de atarte a los puños
como una llama
el dolor de servir
a cosas estultas.

Por su punta,
como por los canales
que desagotan el río,
tu agua se desparrama
y muere en el llano.

La palabra arrastra limos,
pule piedras
y corta selvas imaginarias.

Piden los hombres
tu lengua,
tu cuerpo,
tu vida:

Tírate a una hoguera,
florece en la boca
de un cañón.

Una punta de cielo
rozará
la casa humana.

AGRIO ESTÁ EL MUNDO

Agrío está el mundo,
inmaduro,
detenido;
sus bosques
florecen puntas de acero;
suben las viejas tumbas
a las superficies;
el agua de los mares
acuna
casas de espanto.

Agrío está el sol
sobre el mundo;
Ahogado en los vahos
de sus pantanos;
inmaduro,
detenido.

Agria está la luna
sobre el mundo;
verde,
desteñida;
caza fantasmas
con sus patines
húmedos.

Agrío está el viento
sobre el mundo;
alza nubes de insectos muertos,
se ata, roto,
a las torres;

se anuda crespones
de llanto;
pesa sobre los techos.

Agrio está el hombre
sobre el mundo,
balanceándose
sobre sus piernas:

A sus espaldas,
todo,
desierto de piedras;
a su frente,
todo,
desierto de soles,
ciego...

C O N G R E S O

Por las ventanas
abiertas
el mar florece
su campo de nomeolvides.

Y verdea,
el árbol,
su placidez vertical,
perfumosa.

En semicírculo,
bajo el pesado
techos que hombres hicieron,

otros hombres,
los ojos velados
de gruesos vidrios,
entretejen pesadas palabras.

—El adolescente...

—El adolescente...

—El adolescente...

La incógnita
danza de banco en banco,
revolotea de boca en boca,
duerme de cerebro en cerebro.

Pero del bosque
de gruesos vidrios
parten, silbantes,
sentencias
que se clavan
con opaco ruido
en las paredes
de ladrillo.

Afuera el mar,
en su nivel,
ondula.

El árbol,
sabio,
crece...

EL ADOLESCENTE DEL OSITO

En la penumbra de la salita
las lámparas
abrían su luz velada
de estrellas madrugantes.

Las espaldas femeninas
recogían la claridad
de los espejos.

Palabras
de puntas nocivas
buscaban
un corazón
no maduro.

Parado junto al piano,
el adolescente,
masa de luna
herida de ojos y boca,
sonreía.

Ojos expertos
se adelantaban en tanto
a la caza
vedada.

Mujer y hombre...
Mujer y hombre...
Mujer y hombre...

Crecía el cuchicheo
como los líquenes
en las selvas húmedas.

El adolescente, solo,
acariciaba el osito
que adornaba el piano.

Sobre el pecho, ahora,
el osito amarillo
le hería, con la aspereza
de su lana,
los caminos abandonados
del corazón...

RETRATO DE GARCÍA LORCA

Buscando raíces de alas
la frente
se le desplaza
a derecha
e izquierda.

Y sobre el remolino
de la cara
se le fija,
telón del más allá,
comba y ancha.

Una alimaña
le grita en la nariz
que intenta aplastársele
enfurecida...

Irrumpe un griego
por sus ojos distantes.

Un griego
que sofocan de enredaderas
las colinas andaluzas
de sus pómulos
y el valle trémulo
de la boca.

Salta su garganta
hacia afuera
pidiendo
la navaja lunada
de aguas filosas.

Cortádsela.
De norte a sud.
De este a oeste.

Dejad volar la cabeza,
la cabeza sola,
herida de ondas marinas
negras...
Y de guedejones de sátiro
que le caen
como campánulas
en la cara
de máscara antigua.

Apagadle
la voz de madera,
cavernosa,
arrebujada
en las catacumbas nasales.

Libradlo de ella,
y de sus brazos dulces,
y de su cuerpo terroso.

Forzadle sólo,
antes de lanzarlo
al espacio,
el arco de las cejas
hasta hacerlos puentes
del Atlántico,
del Pacífico...

Por donde los ojos,
navíos extraviados,
circulen
sin puertos
ni orillas...

RETRATO DE UN MUCHACHO QUE SE LLAMA SIGFRIDO

Tu nombre suena
como los cuernos de caza
despertando las selvas vírgenes.

Y tu nariz aleteante,
triángulo de cera vibrátil,
es la avanzada
de tu beso joven.

Tu piel morena
rezuma
cantos bárbaros.



Pero tu mirada de aguilucho,
abridora simultánea
de siete caminos,
es latina.

Y tu voz,
untada de la humedad del Plata,
ya es criolla.

Te curva las arterias
el agua del Rhin.

El tango
te desarticula
la voluntad.
Y el charleston
te esculpe
el cuerpo.

Tus manos,
heridas de intrincados caminos,
son la historia
de una raza
de amadores.

En tu labio
de sangre huyente
el grito de las walkirias
se estremece todavía.

Tu cuello es un pedúnculo
quebrado por tus sueños.

De tu pequeña cabeza
emergen ciudades heroicas.

No he visto tu corazón:
debe abrirse
en largos pétalos
grises.

He visto tu alma:
es una lágrima
ensanchada
en mar azul:
al evaporarse
el infinito se puebla
de lentas colinas malva.

Tus piernas
no son las columnas
del canto salomónico:
suavemente se arquean
bajo la cadena de hombres
que te precedió.

Tienes un deseo: morir.
Y una esperanza: no morir.

ECUACIÓN

Mis brazos:
saltan de mis hombros;
mis brazos: alas.
No de plumas: acuosos:



Planean sobre las azoteas,
más arriba... entoldan,
Se vierten en lluvias:
aguas de mar,
lágrimas,
sal humana...

Mi lengua:
madura...
Ríos floridos
bajan de sus pétalos.

Mi corazón:
me abandona.
Circula
por invisibles círculos
elípticos:
Masa redonda, pesada,
ínea...
roza los valles,
quema los picos,
seca los pantanos...
Sol sumado a otros soles...
(Tierras nuevas
danzan a su alrededor).

Mis piernas:
crecen tierra adentro,
se hunden, se fijan;
curvan tentáculos
de prensadas fibras.
Robles al viento,
ahora:

balancean mi cuerpo
herido...

Mi cabeza: relampaguea.
Los ojos
se beben el cielo,
tragan cometas perdidos,
estrellas rotas,
almácigos...

Mi cuerpo: estalla;
Cadenas de corazones
le ciñen la cintura.
La serpiente inmortal
se le enrosca al cuello...

L L A M A

Sobre la cruz del tiempo
clavada estoy.
Mi queja abre la pulpa
del corazón divino
y su estremecimiento
aterciopela
el musgo de la tierra.

Un ámbar agridulce
destilado de las
flores cerúleas
cae a mojar
mis labios sedientos.

Ríos de sangre
bajan de mis manos
a salpicar el rostro
de los hombres.

El rumor lejano
del mundo, ráfaga cálida,
evapora el sudor
de mi frente.

Mis ojos, faros de angustia,
trazan señales misteriosas
en los mares desiertos.

Y, eterna,
la llama de mi corazón
sube en espirales
a iluminar el horizonte.

B A L A D A ARRÍTMICA PARA UN VIAJERO

Yo tenía un amor,
un amor pequeñito,
y mi amor se ha ido.
¡Feliz viaje, mi amor, feliz viaje!

No era muy grande mi amor,
no era muy alto;
nunca lo vi en traje de baño;
pero debía tener un cuerpo
parecido al de Suárez.
Mejor dicho, al de Dempsey.

Tampoco era un genio;
se reía siempre, eso sí;
le gustaban los árboles;
acariciaba al pasar
a los niños.
Yo le hubiera regalado
un arco
para que volteara estrellas...
Pero tuve miedo
que alguna
te cayera en la cabeza, lector:
¡son tan grandes!

Anoche mismo se fué;
tomó un vapor
que medía una cuadra:
demasiado grande para él;
no es un gigante.

Ahora lo veo pequeño al buque,
muy pequeño;
me parece solamente
la lanzadera
de una máquina de coser
temblando en el filo
de una montaña movable.

Señor camarero,
señor camarero del vapor:
hágale una gran reverencia
cuando lo vea pasar;
estírele bien las sábanas de la cama,
despiértelo con suavidad.

Señorita viajera:
Vd., la más hermosa del barco:
mírelo a los ojos con ternura;
díglele con ellos cualquier cosa:
—Me casaría con Vd. ahora mismo.
O si no —Vamos a tomar
juntos el té.

Y Vd., señor Río,
no sea imprudente;
pórtese como un caballero
con un hombre que sueña;
un hombre que sueña
necesita cunas,
aun cuando sean de agua.

No he visto nunca
en el Río de la Plata
peces voladores.
Si hay alguno que no vuela:
no le gustan los peces,
y menos si tienen alas.

Mañana llegará a un puerto,
junto al muelle se parará el vapor:
¡Oh señor Buque, oh estuche
en que mi pequeño amor
hace de diamante:
no trepide mucho al atracar,
no dé brincos!

El bajará la escalcrilla
cantando un foxtrot.
Siempre canta un foxtrot.

Llevará un traje gris
y un sobretodo azul marino.
No se los manche Vd., por Dios,
Señor Buque:
mi amor es pobre...

REGRESO EN SUEÑOS

Boca perdida en el vaivén del tiempo;
detrás de los paisajes escondida;
boca hacia atrás huyente en el espacio:
boca muerta que fuiste boca viva:

Torbellinos de rostros te apagaron,
tú, que eras rosa ya palidecida;
bloques de casas, cielos circulantes,
telones fueron a velarte esquivá.

Alguna vez la punta de la llama
pintó en el aire la ligera estría
de tu boca atersada a finos verbos:
seda en la seda, flor más florecida.

O levanté la mano para asirte
en la nube traslúcida, que huía
acuchillada del cuchillo mismo
que parte en dos la ya palidecida.

Y a veces en el fondo de otra boca,
flor de agua pura aún más verdecida,
hube de hallarte. Mas se abrió tu boca
como la sal al viento en las salinas...

Pero anoche, ¿de dónde regresaste?
¿De tumbas de agua? ¿De raíz nutrida
en anchos bosques? ¿De trásmundos malva?
¿Qué cadena de seres te fué guía?

Cortaste los paisajes y los rostros,
los circulantes cielos en huídas,
bloques de casas, hojarasca de horas,
y me hallaste no muerta y sí dormida.

Pájaro de aire reposó tu boca
sobre la boca mía anohecida.
Mas no era boca. A musgo, macerado
en los soles de Dios, se parecía.

F R A S E

Fuera de ley, mi corazón
a saltos va en su desazón.

Ya muerde acá, sucumbe allí,
cazado allá, cazando aquí.

Donde lo quiera yo dejar
mi corazón no se ha de estar.

Donde lo deba yo poner
mi corazón no ha de querer.

Cuando le diga yo que sí,
dirá que no, contrario a mí.

Bravo león, mi corazón
tiene apetitos, no razón.

DANZA IRREGULAR

En la punta de un látigo,
mi corazón,
danza una danza
en tirabuzón;
en la punta de un látigo,
mi corazón.

En la punta de un triángulo,
mi corazón,
rebota por el césped
como balón;
un pie y otro
lo manda
a mi corazón.

Vertiginosamente,
sobre la vara
del chino
prestidigitador,
bola de oro y acero
gira que gira
mi corazón.

Flor helada y desnuda
mi corazón,
en las ramas de agua
del surtidor,
baja y sube
a desatiempo,
mi corazón.

Alrededor del mundo
hace cordón
de baba
de luna,
mi corazón.

Ya por hilo de odio,
ya por hilo de amor,
trompo a siete colores
zumba mi corazón.

Remolinea el látigo,
sigue el balón,
no descansa la vara
ni el surtidor,
otra vuelta da al mundo,
gruñe zumbón;
pero, forzad la danza
de mi corazón.

De uno en otro picando
su rebote es mayor:
¡Atajadme!
Que me alza
mi corazón.

U N O

Viaja en el tren en donde viajo. ¿Viene
del Tigre, por ventura?
Su carne firme tiene
la moldura
de los varones idos y en su boca,

como en prieto canal,
se le sofoca
el bermejo caudal...

Su piel
color de miel
delata el agua que bañó la piel.
(¿Hace un momento, acaso, las gavillas
de agua azul, no abrían sus mejillas,
los anchos hombros, su brazada heroica
de nadador?)

¿No era una estoica
flor
todo su cuerpo elástico, elegante,
de nadador,
echado hacia adelante
en el esfuerzo vencedor?

La ventanilla copia el pétreo torso
disimulado bajo el blanco lino de la pechera.
(¿En otras vidas, remontaba el corso
mar, la dulce aventura por señuelo,
con la luna primera?)

Luce, ahora, un pañuelo
de fina seda sobre el corazón,
y sobre media delicada cae su pantalón.

Desde mi asiento, inexpresiva, espío
sin mirar casi, su perfil de cobre.
¿Me siente acaso? ¿Sabe que está sobre
su tenso cuello este deseo mío
de deslizar la mano suavemente
por el hombro potente?

CÍRCULOS SIN CENTRO

Esponja del cielo,
carne verde del mar,
por tus carriles blandos
hube de andar.

Hacia adelante se partían
los caminos para avanzar;
a los costados se abrían
las carreteras para navegar;
y hacia atrás se dirigían
las rutas para desandar.

Largas noches y días
una proa te cortó sin parar
y tu centro no cambiaba nunca,
círculo verde del mar.

Sobre tu esmeralda fría
mi carne no quería quemar,
mi corazón se volvía
verde como la carne del mar.

Le decía a mi cuerpo: ¡renace!
A mi corazón: ¡no te quieras parar!
Mi cuerpo quería echar raíces,
raíces verdes en la carne del mar.

El barco que me conducía
no sabía más que zarpar,
pero el cuerpo que me contenía
se quedó estático sobre el mar.

Círculos circulaban arriba
y subían del fondo del mar;
peces levantaban las cabezas
y se daban a aullar.

YO EN EL FONDO DEL MAR

En el fondo del mar
hay una casa
de cristal.

A una avenida
de madreporas,
da.

Un gran pez de oro,
a las cinco,
me viene a saludar.

Me trae
un rojo ramo
de flores de coral.

Duermo en una cama
un poco más azul
que el mar.

Un pulpo
me hace guiños
a través del cristal.

En el bosque verde
que me circunda

—din don... din dan—
se balancean y cantan
las sirenas
de nácar verdemar.

Y sobre mi cabeza
arden, en el crepúsculo,
las erizadas puntas del mar.

TORMENTA Y HOMBRES

Elásticos de agua
mecen la casa marina.

Como a trapo
la tiran.

La tapa del cielo
desciende en tormenta ceñida;
su lazo negro
vigila.

Asoman en la tinta del agua
su cabeza estúpida las bestias marinas.

Y el ojo humano
se sesga todavía!...

Grupos de hombres, hostiles,
Sobre el buque,
se miran...

FARO EN LA NOCHE

Esfera negra el cielo
y disco negro el mar.

Abre en la costa, el faro,
su abanico solar.

¿A quién busca en la noche
que gira sin cesar?

Si en el pecho me busca
el corazón mortal,

Mire la roca negra
donde clavado está.

Un cuervo pica siempre,
pero no sangra ya.

MAÑANA GRIS

Se abren bocas grises
en la plancha
redonda del mar.

Tragan nubes grises
las bocas
silenciosas del mar.

Dormidos los peces,
en el fondo,
están.

Colocados en nichos,
el cuerpo frío horizontal,
duermen todos los peces
del mar.

Uno, bajo una aleta,
tiene un pequeño
sol invernal.

Su luz difusa
asciende
y abre una aurora pálida
en cada boca gris del mar.

Pasa el buque
y los peces
no se pueden despertar.

Gaviotas trazan signos de cero
sobre la inmensidad.

C A L L E

Un callejón abierto
entre altos paredones grises.
A cada momento
la boca oscura de las puertas,
los tubos de los zaguanes,
trampas conductoras
a las catacumbas humanas.
¿No hay un calofrío
en los zaguanes?

¿Un poco de terror
en la blancura ascendente
de una escalera?
Paso con premura.
Todo ojo que me mira
me multiplica y dispersa.
Un bosque de piernas,
un torbellino de círculos
rodantes,
una nube de gritos y ruidos,
me separan la cabeza del tronco,
las manos de los brazos,
el corazón del pecho,
los pies del cuerpo,
la voluntad de su engarce.
Arriba,
el cielo azul
aquieta su agua transparente:
ciudades de oro
lo navegan.

PLAZA EN INVIERNO

Arboles desnudos
corren una carrera
por el rectángulo de la plaza.
En sus epilépticos esqueletos
de volcadas sombrillas
se asientan,
en bandada compacta,
los amarillos
focos luminosos.

Bancos inhospitalarios,
húmedos,
expulsan de su borde
a los emigrantes soñolientos.

Oyendo fáciles arengas ciudadanas,
un prócer,
inmóvil sobre una columna,
se hiela en su bronce.

SELVAS DE CIUDAD

En semicírculo
se abre
la selva de casas:
unas al lado de otras,
unas detrás de otras,
unas encima de otras,
unas delante de otras,
todas lejos de todas.
Moles grises que caminan
hasta que los brazos
se le secan
en el aire frío del sur.
Moles grises que se multiplican
hasta que la bocanada
de horno del norte
les afloja las articulaciones.
Siempre haciendo el signo
de la cruz.
Reproduciéndose por ángulos.
Con las mismas ventanas

de juguetería.
Las mismas azoteas rojizas.
Las mismas cúpulas pardas.
Los mismos frentes desteñidos.
Las mismas rejas sombrías.
Los mismos buzones rojos.
Las mismas columnas negras.
Los mismos focos amarillos.
Debajo de los techos,
otra selva,
una selva humana,
se mueve.
Pero no en línea recta.
Troncos extraños,
de luminosas copas,
se agitan
movidos por un viento
que no silba.
Pero no alcanzo sus actitudes,
ni oigo sus palabras,
ni veo el resplandor
de sus ojos.
Son muy anchas las paredes;
muy espesos los techos.

HOMBRES EN LA CIUDAD

Arden los bosques
del horizonte;
esquivando llamas,
cruzan, veloces,



los gamos azules
del crepúsculo.

Rebaños de oro
emigran hacia
la bóveda
y se recuestan
en los musgos azules.

Se alza
debajo,
enorme,
la rosa de cemento,
la ciudad,
inmóvil en su tronco
de sótanos sombríos.

Emergen
—cúpulas, torres—
sus negros pistilos
a la espera del polen
lunar.

Ahogados
por las llamas de la hoguera,
y perdidos
entre los pétalos
de la rosa,
invisibles casi,
de un lado a otro,
los hombres...

de juguetería.
Las mismas azoteas rojizas.
Las mismas cúpulas pardas.
Los mismos frentes desteñidos.
Las mismas rejas sombrías.
Los mismos buzones rojos.
Las mismas columnas negras.
Los mismos focos amarillos.
Debajo de los techos,
otra selva,
una selva humana,
se mueve.
Pero no en línea recta.
Troncos extraños,
de luminosas copas,
se agitan
movidos por un viento
que no silba.
Pero no alcanzo sus actitudes,
ni oigo sus palabras,
ni veo el resplandor
de sus ojos.
Son muy anchas las paredes;
muy espesos los techos.

HOMBRES EN LA CIUDAD

Arden los bosques
del horizonte;
esquivando llamas,
cruzan, veloces,

los gamos azules
del crepúsculo.

Rebaños de oro
emigran hacia
la bóveda
y se recuestan
en los musgos azules.

Se alza
debajo,
enorme,
la rosa de cemento,
la ciudad,
inmóvil en su tronco
de sótanos sombríos.

Emergen
—cúpulas, torres—
sus negros pistilos
a la espera del polen
lunar.

Ahogados
por las llamas de la hoguera,
y perdidos
entre los pétalos
de la rosa,
invisibles casi,
de un lado a otro,
los hombres...

HAZ DE TUS PIES...

Haz de tus pies al fin la raíz fuerte
que para el paso; de tu lengua nudo;
de tus dos ojos lápida y escudo;
migaja el cuerpo, que alzaré la muerte.

Prensa tu boca sobre el labio triste
que pozos tiene de plumones blandos;
quítale el filo a los porqués y cuándoos
y entrega, romo, cuanto aquí trajiste:

Romo tu verso; suéltalo, menguada;
tu amor romado entrégalo, romada,
y pára aquel tu dar que era mendigo.

Que todo a medias se te dió en la vida
menos este dormir que te convida:
ronca y el Padre roncará contigo.

PASIÓN

Unos besan las sienes, otros besan las manos,
otros besan los ojos, otros besan la boca.
Pero de aquél a éste la diferencia es poca.
No son dioses, ¿qué quieres?, son apenas humanos.

Pero, encontrar un día el espíritu sumo,
la condición divina en el pecho de un fuerte,
el hombre en cuya llama quisieras deshacerte
como el golpe del viento las columnas del humo.



La mano que al posarse, grave, sobre tu espalda,
haga noble tu pecho, generosa tu falda,
y más hondos los surcos creadores de tus sesos.

Y la mirada grande, que mientras te ilumine
te encienda al rojoblanco, y te arda, y te calcine
hasta el seco ramaje de los pálidos huesos!

EL HOMBRE

No sabe cómo: un día se aparece en el orbe,
hecho ser; nace ciego; en la sombra revuelve
los acerados ojos. Una mano lo envuelve.
Llora. Lo engaña un pecho. Prende los labios. Sorbe.

Más tarde su pupila la tiniebla deslíe
y alcanza a ver dos ojos, una boca, una frente.
Mira jugar los músculos de la cara a su frente,
y aunque quien es no sabe, copia, imita y sonríe.

Da una larga corrida sobre la tierra luego.
Instinto, sueño y alma trenza en lazos de fuego,
los suelta a sus espaldas, a los vientos. Y canta.

Kilómetros en alto la mirada le crece
y ve el astro; se turba, se exalta, lo apetece:
una Mano le corta la mano que levanta.

UNA MIRADA

La perdí de mi vida; en vano en los plurales
rostros, el fulgor busco de su flúido divino;
no hay copias de sus ojos; tan sólo un hombre vino
con ellas a la tierra: no hay pupilas iguales:

HAZ DE TUS PIES...

Haz de tus pies al fin la raíz fuerte
que para el paso; de tu lengua nudo;
de tus dos ojos lápida y escudo;
migaja el cuerpo, que alzará la muerte.

Prensa tu boca sobre el labio triste
que pozos tiene de plumones blandos;
quítale el filo a los porqués y cuándoos
y entrega, romo, cuanto aquí trajiste:

Romo tu verso; suéltalo, menguada;
tu amor romado entrégalo, romada,
y pára aquel tu dar que era mendigo.

Que todo a medias se te dió en la vida
menos este dormir que te convida:
ronca y el Padre roncará contigo.

PASIÓN

Unos besan las sienes, otros besan las manos,
otros besan los ojos, otros besan la boca.
Pero de aquél a éste la diferencia es poca.
No son dioses, ¿qué quieres?, son apenas humanos.

Pero, encontrar un día el espíritu sumo,
la condición divina en el pecho de un fuerte,
el hombre en cuya llama quisieras deshacerte
como el golpe del viento las columnas del humo.



La mano que al posarse, grave, sobre tu espalda,
haga noble tu pecho, generosa tu falda,
y más hondos los surcos creadores de tus sesos.

Y la mirada grande, que mientras te ilumine
te encienda al rojoblanco, y te arda, y te calcine
hasta el seco ramaje de los pálidos huesos!

EL HOMBRE

No sabe cómo: un día se aparece en el orbe,
hecho ser; nace ciego; en la sombra revuelve
los acerados ojos. Una mano lo envuelve.
Llora. Lo engaña un pecho. Prende los labios. Sorbe.

Más tarde su pupila la tiniebla deslíe
y alcanza a ver dos ojos, una boca, una frente.
Mira jugar los músculos de la cara a su frente,
y aunque quien es no sabe, copia, imita y sonríe.

Da una larga corrida sobre la tierra luego.
Instinto, sueño y alma trenza en lazos de fuego,
los suelta a sus espaldas, a los vientos. Y canta.

Kilómetros en alto la mirada le crece
y ve el astro; se turba, se exalta, lo apetece:
una Mano le corta la mano que levanta.

UNA MIRADA

La perdí de mi vida; en vano en los plurales
rostros, el fulgor busco de su flúido divino;
no hay copias de sus ojos; tan sólo un hombre vino
con ellas a la tierra: no hay pupilas iguales:

Redondo el globo blanco, mundo que anda despacio;
y la pupila aguda, cazadora y ceñida;
y la cuenca de sombras por rayos recorrida.
(Pretextos de que nazca la llama y logre espacio).

No más bella que tantas otras bellas pupilas.
Tantas. Si las prendieran en desusadas filas,
como collar del mundo, serían su atavío.

Pero lo que adoraba no es lo mejor: yo busco
un modo de asomarse; el luminoso y fusco
resplandor de dos únicos orbes: lo que era mío.

CANCIÓN DE LA MUJER ASTUTA

Cada rítmica luna que pasa soy llamada,
por los números graves de Dios, a dar mi vida
en otra vida, mezcla de tinta azul teñida,
la misma extraña mezcla con que he sido amasada.

Y a través de mi carne, miserable y cansada,
filtra un cálido viento de tierra prometida,
y bebe, dulce aroma, mi nariz dilatada
a la selva exultante y a la rama nutrida.

Un engañoso canto de sirena me cantas,
naturaleza astuta! Me atraes y me encantas
para cargarme luego de alguna humana fruta...

Engaño por engaño: mi belleza se esquivo
al llamado solemne; y de esta fiebre viva,
algún amor estéril y de paso, disfruta.

RAZONES Y PAISAJES DE AMOR

I

Amor:

Baja del cielo la endiablada punta
conque carne mortal hieres y engañas.
Untada viene de divinas mañas
y cielo y tierra su veneno junta.

La sangre de hombre que en la herida apunta
florece en selvas: sus crecidas cañas
de sombras de oro hienden las entrañas
del cielo prieto y su ascender pregunta.

Aguardando en la noche la respuesta
las cañas doblan la empinada testa.
Flamea el cielo sus azules gasas.

Vientos negros, detrás de los cristales
de las estrellas, mueven grandes masas
de mundos muertos, por sus arrabales.

II

Obra de amor:

Rosas y lirios ves en el espino;
juegas a ser; te cabe en una mano,
esmeralda pequeña, el oceano;
hablas sin lengua, enredas el destino.

Plantas la testa en el azul divino -
y antípodas, tus pies, en el lejano

revés del mundo; y te haces soberano,
y desatas al sol de su camino.

Miras el horizonte y tu mirada
hace nacer en noche la alborada;
sueñas, y crean hueso tus ficciones.

Muda la mano que te alzaba en vuelo,
y a tus pies cae, cristal roto, el cielo,
y polvo y sombra levantan sus telones.

III

Paisaje del amor muerto:

Ya te hundes, sol; mis aguas se coloran
de llamaradas por morir; ya cae
mi corazón desenhebrado, y trae,
la noche, filos que en el viento lloran.

Ya en opacas orillas se avizoran
manadas negras; ya mi lengua atrae
betún de muerte; y ya no se distrae
de mí, la espina; y sombras me devoran.

Pellejo muerto, el sol, se tumba al cabo.
Como un perro girando sobre el rabo,
la tierra se echa a descansar, cansada.

Mano huesosa apaga los luceros:
chirrían, pedregosos sus senderos,
con la pupila negra y descarnada.

POESÍAS

(POSTERIORES A 1934)

Chiquita

SUBORDINADO MUNDO

Cegada en tus espejos, pero abiertos.
los nuevos ojos a telones altos,
paisajes hice, de mis sobresaltos,
de azules finos y empinados puertos.

Todos mis muertos en un muerto sumo
junté para arrojarlo en tus laderas
y aligeradas sienes y caderas
te eché a dormir bajo mis plantas de humo.

Hoy de tus mares tinta sólo tomo:
cuando inclinada, mundo, hacia tu lomo
vientos me envías desde tus alfombras

paran mis manos tu furor divino.
Que como rueca al pie te subordino
ya sosegado pozo de mis sombras.

EL SOL

(Poemita ingenuo)

No lo había aprendido bien:
el sol es grande,
todo de fuego.
Quema la piel.
Hace entornar los ojos,
la mano lo busca, estirándose,
y siente calor.
Si toca al árbol, florece.
Si al niño, encarna.



Si al grano, madura.
Es muy grande;
una brasa;
cae sobre las ciudades,
grandes también.
Sale por el este
y se esconde por el oeste.
Si se muriera
nos moriríamos...
Bonito...

SAPO Y MAR

Azul plumizo
el mar
tejía auroras
amarillas
en el confín.

Y un sapo,
sobre su voz
crepuscular, dejaba
caer el goterón
metálico
de su habla.

Abierto
el infinito
a mi derecha;
a izquierda
el punto matemático
rompiendo

en un verde
de musgos
oxidados.

Sola. Dispersa.
Una cortina
helada
daba el sí... no...
del pensamiento
huyente.

Y una taza de té
frente a mis ojos
era el único lazo
que me unía,
animal triste,
a mi mortal cadena.

PERRO Y MAR

Estaba solo el mar
y solo el cielo
y era todo un espacio
gris y frío
y yo no oía nada
ni veía
más que ese gris
monótono
y sin vida.

Y a mi costado
el perro contra el viento
aullaba; y sus ladridos

sacudían las olas muertas;
y en el aire de plomo
su quejido
abría rumbo;
y las orejas tensas
parecían alzarse como antenas
hacia desmanteladas
gargantas.

¿Había nidos
de ratones vivos
donde mis ojos
secos
no veían?

¿Fantasmas acunábanse
en los picos
lejanos
de las aguas?

¿Y caras
subterráneas
en la pared
del viento
aparecían?

¿Y alguien
vestía el mar
y lo rayaba
de parques policromos,
los del fondo,
en su rostro de sombras?

Esta vez
un aullido interminable
se levantó
de su cabeza erguida
y se lanzó a correr
hacia el poblado
huyendo de aquel mar
como si alguno
le ordenara partir.

Y a su abandono,
mi corazón
sin causa enloquecido,
echó a volar
campana de tinieblas.

CABEZA Y MAR

Sobre la playa,
oscuro punto,
una cabeza.
Yacente.

Dos alas de gaviota
cubrirían
el triste cráneo
en la tenaza
apretado
del cielo.

De la cabeza
telas de araña
nacen y expandidas
entre sus hilos

invisibles cazan
a las voces
entrañables del mar;
y bajan vidas
del alto vidrio;
y bosques alejados
atrapan
que detrás del mar
ondulan.

Poleas impalpables
la cabeza
en sus espacios
interiores mueve
y no hay sombra ni luz
que el mar refleje
que no esté dentro
atada a la más fina
de sus ruedas
numéricas.

Ahora la cabeza
erguida mira
las grandes pampas
de agua
que amenazan
arrojarse sobre ella
y arrasarla;
mas sólo mueren
en la playa
fría,
desmigajadas.
Los focos de sus ojos
entrecruzan

chispas de azul
con el marino empeño
y el ojo
corta el mar
y lo atraviesa
de una estocada
larga
que da sangre
de algas
eternas.

P E S C A D O R E S

A la orilla del agua
las amarillas cañas
tienden lazos de muerte.

El sol se duerme sin ira
sobre la mano
que paciente espera.

Al cabo,
un minúsculo pez
tiñe de azul
la punta del anzuelo.

Y una porción de cielo,
más pequeña
que la hoja de una rosa,
se revuelca sobre la tierra,
de muerte herida.

Inútil danza:
El pescador vuelve a hundir
su caña
y el sol, sin ira,
a dormirse en su mano...



TRÓPICO

Lápida blanca
el cielo quemante
cae sobre la tierra
reseca.

Arden los bosques
en rojos anillos
y las cortinas de humo
tragan paisajes
y secan pueblos.

Detenidas en sus cauces
acuñan,
las aguas,
su opaca superficie.

Demonios,
las alas ardidas,
atraviesan los campos
en zarabanda.

Por el terraplén
calizo
la brasa del tren
cruza chirriante.

Arrastrada
por el infierno blanco
mi planta ovárica,
restituída,
va a echar ya

raíces de selvas,
no de hombres.

Y de mi pecho
no el zumo lácteo
ha de brotar:
la piedra aguda
de las montañas.

A HORACIO QUIROGA

Morir como tú, Horacio, en tus cabales,
y así como en tus cuentos, no está mal;
un rayo a tiempo y se acabó la feria...
Allá dirán.

No se vive en la selva impunemente,
ni cara al Paraná.
Bien por tu mano firme, gran Horacio...
Allá dirán.

"Nos hiere cada hora — queda escrito —
nos mata la final".
Unos minutos menos... ¿quién te acusa?
Allá dirán.

Más pudre el miedo, Horacio, que la muerte
que a las espaldas va.
Bebiste bien, que luego sonreías...
Allá dirán.

Sé que la mano obrera te estrecharon,
mas no, sí, Alguno, o simplemente Pan,
que no es de fuertes renegar de su obra...
(Más que tú mismo es fuerte quien dirá).

PARTIDA

Un camino
hasta el confín:
altas puertas de oro
lo cierran;
galerías profundas;
arcadas...

El aire no tiene peso;
las puertas se balancean
en el vacío;
se deshacen en polvo de oro;
se juntan, se separan;
bajan a las tumbas
de algas;
suben cargadas de corales.
Rondas,
hay rondas de columnas;
las puertas se esconden
detrás de los parapetos azules;
el agua brota en campos de nomeolvides;
echa desiertos de cristales morados;
incuba grandes gusanos esmeralda;
se trenza los brazos innumerables.

Lluvia de alas,
ahora;
ángeles rosados
se clavan como flechas
en el mar.
Podría caminar sobre ellos
sin hundirme.

Una senda de cifras
para mis pies:
columnas de números
para cada paso,
submarinas.

Me llevan:
enredaderas invisibles
alargan sus garfios
desde el horizonte:
Mi cuello cruje.
Ya camino.
El agua no cede.
Mis hombros se abren en alas.
Toco con sus extremos
los extremos del cielo.
Lo hiero:
La sangre del cielo
bañando el mar...
Amapolas, amapolas,
no hay más que amapolas...

Me aligero:
la carne cae de mis huesos.
Ahora.
El mar sube por el canal
de mis vértebras.
Ahora.
El cielo rueda por el lecho
de mis venas.
Ahora.
¡El sol! ¡El sol!
Sus últimos hilos



me envuelven,
me impulsan:
Soy un huso:
¡Giro, giro, giro, giro!...

RUEGO A PROMETEO

Agrándame tu roca, Prometeo;
entrégala al dentado de la muela
que tritura los astros de la noche
y hazme rodar en ella, encadenada.

Vuelve a encender las furias vengadoras
de Zeus y dame látigo de rayos
contra la boca rota, mas guardando
su ramo de verdad entre los dientes.

Cubre el rostro de Zeus con las gorgonas;
a sus perros azuza y los hocicos
eriza en sus sombríos hipogeos:

He aquí a mi cuerpo como un joven potro
piafante y con la espuma reventada
salpicando las barbas del Olimpo.

EL HIJO

Se inicia y abre en ti, pero estás ciega
para ampararlo y si camina ignoras
por flores de mujer o espadas de hombre,
ni qué alma prende en él, ni cómo mira.

*Seguía
por el
alma que
nada*

Lo acunas balanceando, rama de aire,
y se deshace en pétalos tu boca
porque tu carne ya no es carne, es tibio
plumón de llanto que sonríe y alza.

Sombra en tu vientre apenas te estremece
y sientes ya que morirás un día
por aquél sin piedad que te deforma.

Una frase brutal te corta el paso
y aún rezas y no sabes si el que empuja
te arrolla sierpe o ángel se despliega.

TIEMPO DE ESTERILIDAD

A la Mujer los Números miraron
y dejáronle un cofre en su regazo:
y vió salir de aquel un río rojo
que daba vuelta en espiral al mundo.

Extraños signos, casi indescifrables,
sombreaban sus riberas, y la luna,
sinistramente dibujada en ellos,
ordenaba los tiempos de marea.

Por sus crecidas Ella fué creadora
y los nómenos fríos revelados
en tibias caras de espantados ojos...

Un día de su seno huyóse el río,
y su isla verde, florecida de hombres,
quedó desierta y vió crecer el viento.

*Felicidad de la
mujer en ese
estado*

*Pues amando a
a toda mujer.*

*La mujer: ser
la nota*



SUGESTIÓN DE UNA CUNA VACÍA

Un pájaro de luna hasta la tierra
la trajo. Inhabitada... Pero un nimbo...
Y se veía alzar desde su fondo
una ranilla humana al rosa abriendo:

Con los párpados bajos del ocaso
los barrotes doblaban sus rigores
y se agitaba la ranilla rosa
en cárcel presa ya y aun no nacida.

A luz de noche, franjas estelares
le dibujaban triángulos y cruces
de sombras y fulgor en nudo triste.

Y se acunaba sola, dulcemente,
como si arriba una celeste mano
le diera viento mecedor de flores.

FUERZAS

Esa espada del mar en los confines...
Tiendas de luna y sol; un viejo nido
de palabras que avanzan por las olas
a clavar-se llameantes en tu pecho.

Allá está el puño que semillas suelta
hacia tu tierra y hace agricultura
de flor de fuego en tus arenas frías;
allá en el abra, junto al mar, de cielo.

Máquina de trastorno allá gobierna
y en sus aspas de jade soy volteada.
¿Qué me quieres oh tú palabra grave?

Nadie contesta pero ordena todo;
y el rubio alfanje de la luna nueva
el vientre me penetra y lo florece.

RÍO DE LA PLATA EN NEGRO Y OCRE

La niebla había comido su horizonte
y sus altas columnas agrisadas
se echaban hacia el mar y parapetos
eran sobre la atlántica marea.

Se estaba anclado allí, ferruginoso,
viendo venir sus padres desde el norte:
dos pumas verdes que por monte y piedra
saltaban desde el trópico a roerlo.

Porque ni bien nacido ya moría
y en su desdén apenas se rizaba,
señor de sí, los labios apretados.

Lavadas rosas le soltaba el cielo
y erguía tallos de humo de sus aguas
sobre quemados cabeceantes buques.

RÍO DE LA PLATA EN ARENA PÁLIDO

¿De qué desierto antiguo eres memoria
que tienes sed y en agua te consumes
y alzas el cuerpo muerto hacia el espacio
como si tu agua fuera la del cielo?

Porque quieres volar y más se agitan
las olas de las nubes que tu suave
yacer tejiendo vagos cuerpos de humo
que se repiten hasta hacerse azules.

Por llanuras de arena viene a veces
sin hacer ruido un carro trasmarino
y te abre el pecho que se entrega blando.

Jamás lo escupes de tu dócil boca:
llamas al cielo y su lunada lluvia
cubre de paz la huella ya cerrada.

RÍO DE LA PLATA EN GRIS ÁUREO

Respiración la suya grave y lenta
se estaba quieto, y no perder quería
el sueño, y de su cuerpo en tiernos grises
abría dulces ángeles dorados.

Soñaba una ciudad de altos azules;
ni un hombre roto en su peciolo y limpias
sus iguales aristas; y una mano
que DOY decía abierta en sus portales.

No le pesaban en su piel las moscas
ultramarinas ni las sacudía
y estaba como atado al cielo puro.

También el árbol sin moverse estaba
y el pájaro lejano y le escribían
delgadas nubes la palabra ESPERO.

LANGOSTAS

Para entoldar el cielo... no... no son;
para caer al sesgo, no; tampoco;
para aumentar el hambre no están hechas;
para hilachar los árboles... no creo.

Para volar como los autogiros
y distribuidas armoniosamente
atravesar sobre los pararrayos
de las ciudades altas, no es posible.

Y sin embargo su ala como aquellos
gira; y aumentan hambre entre los hombres;
y al sesgo atacan y desvisten ramas;

Y al sol entoldan sobre el rascacielo;
y hace siglos que vuelven sin cansarse
multiplicadas mientras más perecen.

EL MIRASOL

Le vi en un sueño antes de aquí, golpeando
su cara roma en el perfil del viento,
en una procesión de unos gigantes,
en carnaval de plantas trasnochadas.

Venía a ritmo de oso, mofletudo,
un paso atrás, el otro hacia adelante,
y el delgaducho vientre le reía
de soportar un sol sin sus farolas.

Pasó a mi lado entre pomposas lanzas
cayendo al golpe del libado vino
e inhábil para alzarse en frase alguna.

Lo encuentro aquí contándole a las berzas
su aventura burguesa de mi sueño
y fofu adulator del astro de oro.

GRAN CUADRO

Reunió la muerte el tronco derrumbado
y el capital caído y los vellones
secos del árbol y mandó a la luna
a que rezara por aquellas ruinas.

Atrajo a alguna rata su responso
y no quiso cantar allí el insecto
y el cielo bostezaba amanzanado
sus lentas madrugadas retraídas.

Un ciervo herido con los cuernos rotos
dió contra el capitel y halló nidada
de piedras negras, dientes del silencio.

No; no era un cuadro aún para pintores
de mucho fuste; pero entré en la tela
y ágil movió la muerte sus pinceles.

EL CIELO

Casas destartadas las estrellas:
en sus camas, sin sábana, alumbrando
el ronco animal hembra y los desnudos
sexos al sol picados y rapaces.

Y la boca del ser abierta toda
para tragar los mares de la muerte;
y las Guerras saltando por los techos
del solar habitado del espacio.

Ay, qué poeta inmenso abrió el torrente
del engaño, que pudo darme el cielo
— atroz de llanto y de miseria — alzado

en un jardín de flores diminutas,
como niños que juegan, con su antorcha,
a no toparse en el azul camino!

UN DIENTE

Torre sobre un montículo se estaba
solo hacia el cielo y tercas sus raíces
pedían tierra adentro nuevo apoyo
y relucía el mármol de su almena.

En su trapiche dió la vuelta el mundo
más de cien veces y agostó sembrados
que pasaron por él en aluviones
ya el itálico arroz, la nuez de Oriente.

No se movió de sí que el globo vino
a buscarlo en sus frutos y dió guerra
a Rusia, Holanda y a Noruega juntas.

Cuando los vientos duros lo vencieron
y cayó como encina desgajada
tembló la tierra en que moliera, herida.

UNA OREJA

Pequeño foso de irisadas cuencas
y marfiles ya muertos, con estrías
de contraluces; misteriosa valva
vuelta caverna en las alturas tristes

del cuello humano; rósea caracola
traída zumbadora de los mares;
punzada de envolventes laberintos
donde el crimen esconde sus acechos.

A veces, bajo el sol que da la sangre,
de rocas rojas dibujada y otras
hecha papel de cielo en madrugada:

Como en luna menguante te despliegas
y allá en el fondo, negro el subterráneo
donde ruge el león del pensamiento.

UNA LÁGRIMA

No mía, que madrastra fué de Edipo
y Hércules la forjó sobre su pira;
porque mis ojos, cráteres antiguos,
por otros ojos conocieron lava.

No mía, que en mi mano la descubro
de los trasmundos áridos caída:
luna de agosto flácida y musgosa
emparedado a cal, sol de febrero.

Ya el cobijo traspásame su brasa
pero no lloro llantos a llorado
que copia el mundo y centuplica su iris.

Y orbes lacustres, tálamos de oro,
lianas de acero fúlgidas a estrellas
en bosque azul levanta de cristales.

TANQUE DE MUERTOS PECES

Allí solemne y frío está el morado;
mi sueño más tenaz de altos laureles;
anclados yacen en sargazos crueles
aquellos bravos del fulgor leonado;

Sobre plumón de hojillas, descamado,
mi pez de la amistad; laxos bajeles
los que de Venus, rápidos lebreles,
saltaban por las rosas al cercado.

Boyando están en ronda de corolas
de cálices y troncos desasidos
en triste nácar sobre muertas olas.

Y, ay, cómo escurre entre plateados velos
aquel azul de mis amores idos
doblada flor de inmarcesibles hielos.

LOS ALUDOS

Hombres son, tienen alas y un planeta
los envaina, las testas desusadas;
hallaron túnel de la ley secreta
y en libros tienen presas a las hadas.



En catedrales, voces del poeta;
y en sus pulcras ciudades, coronadas
las Virtudes, la mano azul repleta,
marchan sobre el verdín de las espadas.

En escuadras — cazados en un sueño —
altos primates, muelas del fracaso,
les he visto volar vuelo costeño:

Y en las tardes, colgadas las sirenas,
cuando la espiga sube del ocaso
posarse a discurrir en las almenas.

INDICE



Leidy

	Pág.
<i>Dedicatoria</i>	7
<i>Palabras prologales</i>	9

P O E S I A S
NO INCLUIDAS EN LIBRO
(1916-1921)

La dulce visión	13
Sutil entoldado	13
Conversación	14
Avisos fúnebres	15
Siesta	15
La inútil primavera	15
Tren	16

DE EL DULCE DAÑO
(1918)

Sábado	19
Primavera	20
Dime	21
Capricho	22
El llamado	23
Tú y yo	24
Dulce tortura	25
Tu dulzura	26
Siete vidas	26
Viaje finido	27
Tú me quieres blanca	28



El oro de la vida	Pág. 30
Tentación	30
¿Qué diría?	31
Cuadrados y ángulos	31
Aspecto	32

DE IRREMEDIABLEMENTE

(1919)

Silencio	35
Soy esa flor	37
Peso ancestral	38
Date a volar	38
Subconciencia	39
El hombre sombrío	40
Moderna	41
Hombre pequeño	41
El divino amor	42
Mujer	42
¿Y tú?	43
Odio	43
Piedra miserable	44
El racimo inocente	45
Pudiera ser	46

DE LANGUIDEZ

(1920)

La piedad del ciprés	49
El león	49
Las tres etapas	51
Gota	53
La casa (<i>sonata romántica</i>)	53
La caricia perdida	56
Una espina	56
Languidez	57
Un día	59
Carta lírica a otra mujer	59
Han venido	62

Rosales de suburbio	Pág. 62
Miedo	64
Esclava	65
El clamor	65
La que comprende	66
Al hijo de un avaro	66
La quimera	69
El ensayo	69
Ligadura humana	70
La miseria	70
La pesca	71
Charla	72
Fríos	72
Buenos Aires	73
Un cementerio que mira al mar	75

DE OCRE

(1925)

Soy	81
Palabras a mi madre	81
Cuando llegué a la vida	82
Canción de la novia	83
Tú que nunca serás	83
Respuesta de la marquesa a las estancias de Corneille	84
Las grandes mujeres	85
Duerme tranquilo	85
Fiesta	86
Camino a los paredones	86
Cara copiada	87
Olvido	88
Encuentro	88
Rueda	89
La otra amiga	90
Y agrega la tercera	90
El engaño	91
Una vez más	91
Inútil soy	92
Los coros	93

	Pág.
¿De qué me quejo?	93
Capricho	94
Verso decorativo	94
A un desconocido	95
Palabras a un habitante de Marte	96
Traición	96
Versos a la memoria	97
Ante un héroe de Iván Mestrovic	97
Una voz	98
Saludo al hombre	99
La palabra	99
Divertidas estancias a Don Juan	100
Epitafio para mi tumba	101
Romance de la venganza	103
El parque	104
Dolor	107
Naturaleza mía	108

DE MUNDO DE SIETE POZOS
(1934)

Mundo de siete pozos	111
Ojo	113
Y la cabeza comenzó a arder	115
El cazador de paisajes	117
Buque-escuela	118
Voluntad	121
Voz y CONTRAVOZ:	
I.—Voz	122
II.—Contravoz	124
Agrio está el mundo	125
Congreso	126
El adolescente del osito	128
Retrato de García Lorca	129
Retrato de un muchacho que se llama Sigfrido	131
Ecuación	133
Llama	135
Balada arrítmica para un viajero	136
Regreso en sueños	139

	Pág.
Frase	140
Danza irregular	141
Uno	142
Círculos sin centro	144
Yo en el fondo del mar	145
Tormenta y hombres	146
Faro en la noche	147
Mañana gris	147
Calle	148
Plaza en invierno	149
Selvas de ciudad	150
Hombres en la ciudad	151
Haz de tus pies	153
Pasión	153
El hombre	154
Una mirada	154
Canción de la mujer astuta	155
RAZONES Y PAISAJES DE AMOR:	
I.—Amor	156
II.—Obra de amor	156
III.—Paisaje del amor muerto	157

POESIAS
(POSTERIORES A 1934)

Subordinado mundo	161
El Sol (<i>poemita ingenuo</i>)	161
Sapo y mar	162
Perro y mar	163
Cabeza y mar	165
Pescadores	167
Trópico	168
A Horacio Quiroga	169
Partida	170
Ruego a Prometeo	172
— El hijo	172
— Tiempo de esterilidad	173
— Sugestión de una cuna vacía	174
— Fuerzas	174

Río de la Plata en negro y ocre	Pág. 175
Río de la Plata en arena pálido	175
Río de la Plata en gris áureo	176
Langostas	177
El mirasol	177
Gran cuadro	178
El cielo	178
Un diente	179
Una oreja	180
Una lágrima	180
Tanque de muertos peces	181
Los aludos	181